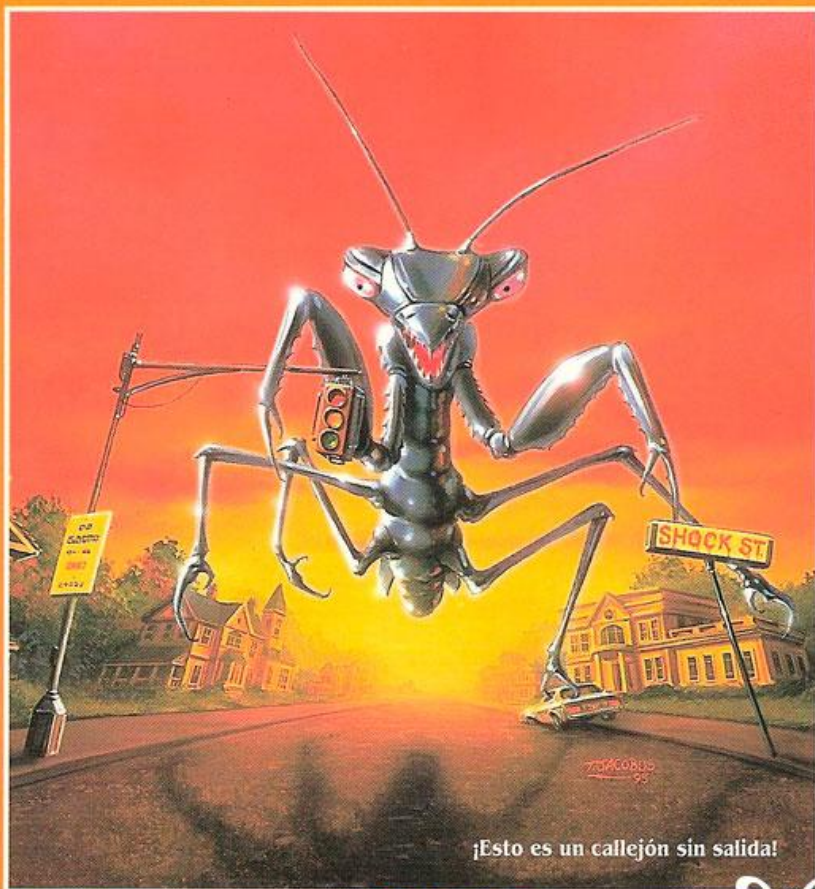


R. L. STINE

pesadillas

Pánico en la calle del miedo



¡Esto es un callejón sin salida!

se

A Erin Wright y a su mejor amigo Marty les encantan las películas de terror. Sobre todo, la película *Pánico en la calle del miedo*. En esa calle viven espeluznantes criaturas: el Sapo Asesino, Cara de Mono, el Descuartizador Chiflado...

Pero cuando Erin y Marty hacen una visita al nuevo Parque Temático de la calle del Miedo se llevan un susto de muerte. Primero, su tren se queda atascado en la cueva de las Larvas Vivientes. Luego son atacados por un grupo de enormes mantis religiosas...

La vida real es mucho más aterradora que las películas.



R. L. Stine

Pánico en la calle del miedo

Pesadillas - 35

ePub r1.3

javinintendero 01.09.14

Título original: *Goosebumps #35: A Shocker on Shock Street*

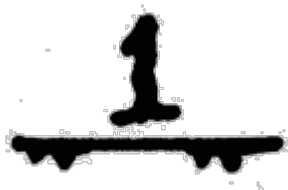
R. L. Stine, 1995

Traducción: Rosa Pérez

Editor digital: javinintendero

ePub base r1.2





—Esto es espeluznante, Erin. —Mi amigo Marty me agarró de la manga.

—¡Suelta! —susurré—. ¡Me haces daño!

Marty siguió como si no me hubiera oído, con los ojos fijos en la oscuridad, apretándome el brazo.

—Marty, por favor... —le pedí. Me solté. Yo también tenía miedo, aunque no quería admitirlo.

La oscuridad era más negra que la boca de un lobo. Agucé la vista, intentando vislumbrar alguna cosa. Y entonces un tenue resplandor gris brilló frente a nosotros.

Marty agachó la cabeza. Incluso en aquella luz nebulosa, vi el miedo reflejado en sus ojos.

Volvió a agarrarme del brazo, con la mandíbula desencajada. Oí su respiración entrecortada y rápida.

Aunque estaba asustada, en mi rostro se dibujó una sonrisa. Me gustaba ver a Marty asustado.

Me encantaba.

Ya sé, ya sé que eso no está bien. Lo admito. Erin Wright es un mal bicho. Pero ¿qué clase de amiga soy?

Pero Marty siempre presume de que es más valiente que yo. Y normalmente tiene razón. Normalmente, él es el valiente y yo la gallina.

Pero hoy no.

Por eso sonreí al ver a Marty chillar de terror y agarrarme del brazo.

La luz gris fue aumentando lentamente de intensidad. Oí crujidos a ambos lados. Alguien tosió a mis espaldas, muy cerca de nosotros. Pero Marty y yo seguimos mirando al frente, sin volver la cabeza.

Esperando. Mirando...

Mientras me desojaba mirando aquella luz gris, una cerca apareció ante mis ojos. Una larga cerca de madera despintada y un cartel escrito a mano que decía: PELIGRO. NO PASAR. NOS REFERIMOS A TI.

Marty y yo ahogamos un grito cuando oímos los crujidos. Al principio lejanos, luego más próximos, como si unas zarpas gigantes estuvieran arañando el otro lado de la cerca.

Intenté tragar saliva, pero de repente noté la boca seca. Me entraron ganas de salir corriendo a todo correr.

Pero no podía abandonar a Marty. Además, si ahora huía, él me lo recordaría siempre, me lo echaría en cara toda la vida.

Así que me quedé a su lado, escuchando, mientras los arañazos y zarpazos se convertían en un ruido infernal.

¿Estaban intentando echar la cerca abajo?

Avanzamos junto a la cerca con rapidez. Deprisa, más deprisa cada vez hasta que las altas estacas despintadas se transformaron en una nebulosa gris.

Pero el ruido nos seguía. Pasos rotundos al otro lado de la cerca.

Seguimos mirando al frente. Nos hallábamos en una calle vacía, una calle que nos resultaba familiar.

Sí, ya habíamos estado antes aquí.

La calzada estaba llena de charcos de lluvia de agua. Los charcos resplandecían a la pálida luz de las farolas.

Respiré hondo. Marty me apretó el brazo con más fuerza. Se nos desencajó la mandíbula.

Nos quedamos horrorizados cuando la cerca empezó a tambalearse. Toda la calle empezó a tambalearse. Los charcos rebosaron por los bordillos de las aceras.

Los rotundos pasos se acercaron.

—¡Marty! —susurré, ahogando un grito.

Antes de que pudiera decir nada más, se derrumbó la cerca y de repente apareció el monstruo.

Tenía cabeza de lobo —poderosas mandíbulas surcadas de relucientes dientes blancos— y cuerpo de cangrejo gigante. Blandía cuatro pinzas colosales frente a él, amenazándonos, mientras su hocico emitía un gruñido gutural.

—¡NOOOOOO! —gritamos Marty y yo aterrorizados.

Nos pusimos en pie de un salto.

Pero no teníamos escapatoria.

2

Nos quedamos de pie viendo cómo el cangrejo-lobo se acercaba.

—Por favor, chicos, sentaos —dijo una voz a nuestras espaldas —. No me dejáis ver.

—¡Chssss! —susurró alguien.

Marty y yo nos miramos. Supongo que nos sentimos como un par de paletos. Por lo menos yo. Nos derrumbamos en la butaca.

Entonces vimos al cangrejo-lobo que correteaba por la calle, persiguiendo a un crío en triciclo.

—¿Pero qué te pasa, Erin? —susurró Marty, meneando la cabeza

—. No es más que una peli. ¿Por qué te has puesto a gritar así?

—¡Tú también has gritado! —repliqué al instante.

—¡Yo he gritado porque tú también gritabas!

—¡Chssss! —suplicó alguien.

Me hundí más en la butaca. Oía crujidos por todas partes. Gente comiendo palomitas. Alguien tosió a nuestras espaldas.

En la pantalla, el cangrejo-lobo extendió sus grandes pinzas rojas y cogió al crío del triciclo. CRAC. CRAC. Adiós, peque.

Algunos espectadores se echaron a reír. Tenía bastante gracia.

Eso es lo bueno de las pelis de *Pánico en la calle del Miedo*. Chillas y ríes al mismo tiempo.

Marty y yo nos arrellanamos en la butaca y disfrutamos del resto de la película. Nos encantan las películas de terror, pero las de *La calle del Miedo* son nuestras favoritas.

Al final la policía capturaba al cangrejo-lobo. Lo hervían en una inmensa olla de agua.

Luego servían cangrejo al vapor a toda la ciudad. Se sentaban todos alrededor de la olla y lo untaban en salsa rosa. Todos decían que estaba delicioso.

Era un final perfecto. Marty y yo aplaudimos y gritamos entusiasmados. Marty se metió dos dedos en la boca y lanzó un silbido, como hace siempre.

Acabábamos de ver *Pánico en la calle del Miedo VI*, y desde luego era la mejor de toda la serie.

Cuando se encendieron las luces del cine salimos al pasillo y empezamos a abrirnos paso entre la gente.

—Unos efectos especiales magníficos —le comentó un hombre a su amigo.

—¿Efectos especiales? —respondió el amigo—. ¡Pensaba que todo era auténtico!

Los dos se echaron a reír.

Marty me pegó un empujón por la espalda. Le encanta empujarme para tirarme al suelo.

—No está mal la peli —dijo.

Me volví para mirarlo.

—Que no está mal...

—Bueno, no da mucho miedo —aclaró—. En realidad es bastante infantil. *Pánico V* daba mucho más miedo.

Puse los ojos en blanco.

—Marty, has gritado como un loco, ¿no te acuerdas? Has dado un salto en la butaca, me has agarrado del brazo y...

—Sólo lo he hecho porque estabas muy asustada —dijo con una sonrisa burlona.

¡Qué mentiroso! ¿Por qué nunca es capaz de reconocer que pasa miedo?

Adelantó un pie e intentó ponerme la zancadilla.

Lo esquivé apartándome hacia la izquierda, tropecé... y me di de bruces con una señora joven.

—¡Eh, cuidado, gemelos! —nos gritó—. ¡Deberíais mirar por dónde vais!

—¡No somos gemelos! —gritamos Marty y yo al unísono.

Ni siquiera somos hermanos. No tenemos ningún vínculo familiar, pero la gente siempre cree que Marty y yo somos gemelos.

Supongo que nos parecemos mucho. Los dos tenemos doce años. Los dos somos bastante bajitos y un poco regordetes. Los dos tenemos la cara redonda, el pelo corto y oscuro y los ojos azules. Y los dos tenemos la nariz pequeña y un poco respingona.

¡Pero no somos gemelos! Somos amigos, nada más.

Me disculpé con la señora. Cuando me acerqué a Marty, adelantó el pie e intentó ponerme la zancadilla.

Me tambaleé, pero enseguida recobré el equilibrio.

Luego adelanté el pie e intenté derribarlo.

Seguimos poniéndonos la zancadilla por todo el vestíbulo. La gente se nos quedaba mirando, pero nosotros pasábamos mucho. Nos estábamos partiendo de risa.

—¿Sabes qué ha sido lo más guay de esta película? —le pregunté.

—No.

—¡Pues que somos los primeros niños del mundo en verla! —exclamé.

—¡Sí! —Marty y yo nos palmeamos las manos.

Acabábamos de ver el preestreno de *Pánico en la calle del Miedo VI*. Mi padre se relaciona con mucha gente del cine y nos había conseguido entradas. Los demás espectadores eran adultos. Marty y yo éramos los únicos menores.

—¿Sabes qué ha sido también muy guay? —le dije—. Los monstruos. Todos. Parecen realmente auténticos. No se nota para nada que son efectos especiales.

Marty frunció el ceño.

—Bueno, creo que la mujer anguila eléctrica era un poco chungueta. No parecía una anguila. ¡Parecía un gusano gigante!

Me eché a reír.

—Entonces, ¿por qué has pegado un salto en la butaca cuando ha lanzado un rayo eléctrico y ha dejado frita a aquella pandilla de chicos?

—Yo no he pegado ningún salto —insistió Marty—. ¡Tú sí!

—¡No es cierto! ¡Lo has hecho porque parecía de verdad! —insistí—. Y he oído cómo te atragantabas cuando el monstruo tóxico ha salido de la fosa de residuos nucleares.

—Me he atragantado porque tenía un Sugus en la boca.

—Te has asustado, Marty, porque parecía de verdad.

—Oye, ¿y si fueran de verdad? —exclamó Marty—. ¿Y si no fueran efectos especiales? ¿Y si fueran monstruos de verdad?

—No seas tonto —dije yo.

Doblamos la esquina para entrar en otra sala. Allí estaba el cangrejo-lobo, esperándome.

Ni siquiera tuve tiempo de gritar.

Abrió sus poderosas mandíbulas con un largo aullido lobuno y me rodeó la cintura con sus dos pinzas gigantes de color rojo.

3

Abrí la boca para gritar, pero sólo me salió un agudo chillido.
Oí risas.

Las grandes pinzas interrumpieron su abrazo. Pinzas de plástico.

Detrás de la careta de lobo, vi dos ojos oscuros que me miraban. Debería haber sabido que era un hombre disfrazado, pero no esperaba encontrármelo allí.

Me había sorprendido, simplemente.

Un destello de luz blanca me obligó a parpadear. Un hombre acababa de hacer una foto a la criatura. En la pared vi un gran cartel rojo y amarillo que decía: VEA LA PELÍCULA. LUEGO DIVIÉRTASE JUGANDO EN CD-ROM.

—Siento haberte asustado —dijo el hombre del disfraz con voz queda.

—¡Se asusta enseguida! —afirmó Marty.

Le di un empujón y nos alejamos corriendo. Me volví para ver a la criatura diciéndome adiós con la pinza.

—Tenemos que subir a ver a papá —le dije a Marty.

—¡No me digas!

Se cree muy gracioso.

El despacho de papá está encima del cine, en la planta veintinueve. Fuimos corriendo a los ascensores del fondo del pasillo y nos metimos en uno.

Papá tiene un trabajo muy guay. Construye parques temáticos y diseña circuitos de todo tipo.

Papá fue uno de los diseñadores del Parque Prehistórico. Es ese

parque temático tan grande en el que regresas a tiempos prehistóricos. Tiene un montón de circuitos y espectáculos fantásticos, y docenas de robots de dinosaurio enormes paseándose por ahí.

Y papá colaboró en el circuito por el estudio de Fantasy Films. Todos los que vienen a Hollywood hacen ese circuito.

La idea de atravesar una enorme pantalla de cine y encontrarte en un mundo de personajes de cine fue de papá. ¡Puedes protagonizar todas las películas que quieras!

Ya sé que parece que esté fardando, pero papá es muy inteligente, y un genio en ingeniería. Creo que es un experto mundial en robots. ¡Puede construir robots capaces de hacer cualquier cosa! Y los utiliza en todos sus parques y en sus circuitos por estudios de cine.

Marty y yo salimos del ascensor en la planta veintinueve. Saludamos con la mano a la recepcionista y luego nos fuimos corriendo al despacho de papá, al final del pasillo.

Se parece más a una sala de juegos que a un despacho. Es una habitación grande. Bueno, enorme. Está llena de juguetes y muñecos de felpa que encarnan a personajes de dibujos animados, pósters de películas y maquetas de monstruos.

A Marty y a mí nos encanta pasearnos por la habitación y mirar todas esas cosas tan fantásticas. Papá tiene en las paredes unos pósters preciosos de montones de películas. Y en una mesa alargada tiene una maqueta de «el saltimbanqui», el coche de montaña rusa diseñado por él que se pone cabeza abajo. La maqueta tiene cochecitos que corren de verdad.

Y tiene muchas cosas guay de *La calle del Miedo*, como una de las zarpas originales que la chica lobo llevaba en *Pesadilla en la calle del Miedo*. La guarda en una vitrina de cristal en el alféizar de la ventana.

Tiene maquetas de tranvías, trenes, aviones y cohetes. Hasta un globo plateado de plástico. Está teledirigido y papá puede hacerlo volar por todo el despacho.

¡Qué sitio más fantástico! Siempre pienso que el despacho de papá es el lugar más feliz del mundo.

Pero hoy, cuando llegamos, papá no parecía muy contento.

Estaba encorvado sobre su escritorio con el teléfono pegado a la oreja. Tenía la cabeza gacha y los ojos bajos, y se apretaba la frente con una mano mientras hablaba en voz baja por teléfono.

Papá y yo no nos parecemos en nada. Yo soy bajita y de tez oscura. Él es alto y delgado, y tiene el pelo rubio, aunque no le queda mucho. Está bastante calvo.

Tiene una piel que enseguida se ruboriza.

Cuando habla, los mofletes se le ponen de un rosa intensísimo. Y esconde sus ojos marrones detrás de unas grandes gafas redondas con montura oscura.

Marty y yo nos detuvimos en el umbral. Creo que papá no nos vio. No apartaba los ojos del escritorio. Se había aflojado el nudo de la corbata y tenía el cuello de la camisa abierto.

Siguió hablando un rato más en voz baja. Marty y yo entramos sigilosamente en el despacho.

Al fin papá colgó el teléfono. Alzó la vista y nos vio.

—Hola pareja —dijo con suavidad. Sus mejillas adoptaron un tono rosa intenso.

—¿Qué pasa, papá? —pregunté.

Suspiró. Luego se quitó las gafas y se pellizcó el puente de la nariz.

—Tengo malas noticias, Erin. Muy malas noticias.

4

—¿Qué sucede, papá? —grité asustada.

Entonces vi la sonrisa que poco a poco se dibujaba en su rostro. Y me di cuenta de que había vuelto a caer.

—¡Te he pillado! —exclamó. Sus ojos castaños centelleaban con regocijo. Sus mofletes tenían un intenso tono rosa—. ¡He vuelto a pillarte! Caes siempre.

—¡Papá...! —grité enfadada. Luego me acerqué corriendo a su escritorio, lo cogí por el cuello y fingí que lo estrangulaba.

Nos caímos uno encima del otro, riéndonos.

Marty seguía en el umbral, meneando la cabeza.

—¡Qué mala idea, señor Wright! —murmuró.

Papá intentó ponerse las gafas de nuevo.

—Lo siento, chicos, pero es que resulta muy fácil tomaros el pelo. No he podido resistir la tentación. —Me sonrió—. En realidad, tengo buenas noticias.

—¿Buenas noticias? ¿Se trata de otra broma? —pregunté suspicaz.

Negó con la cabeza y cogió algo del escritorio.

—Mirad esto. ¿Sabéis qué es? —Lo sostuvo en la palma de la mano.

Marty y yo nos acercamos para examinarlo. Era un pequeño vehículo blanco de plástico con cuatro ruedas.

—¿Un vagón de tren? —aventuré.

—Sí, un pequeño vagón de tren —explicó papá—. ¿Veis? La gente se sienta en estos bancos que hay dentro. Aquí. Lleva motor.

—Señaló la parte delantera de la maqueta para mostrarnos dónde iba el motor—. Pero ¿sabéis dónde va a utilizarse este tren?

—Nos rendimos, papá. Dínoslo ya de una vez —insistí con impaciencia—No nos tengas en ascuas.

—Está bien, está bien —dijo con una amplia sonrisa—. Es una maqueta del tren que va a utilizarse en el circuito por los estudios de rodaje de *La calle del Miedo*.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Quieres decir que por fin va a inaugurarse el circuito? —Sabía que mi padre llevaba años trabajando en ello.

—Sí. Por fin estamos a punto de abrirlo al público. Pero antes de hacerlo quiero que vosotros lo probéis.

—¿Lo dices en serio, papá? —grité entusiasmada. ¡Estaba tan contenta que tenía la sensación de que iba a reventar!

Me volví hacia Marty, que daba saltos sin parar, con los brazos en alto.

—¡Sí, sí, sí!

—He construido todo el circuito —me dijo papá— y quiero que vosotros dos seáis los primeros niños del mundo en recorrerlo. Quiero saber vuestra opinión. Lo que os gusta y lo que no.

—¡Sí, sí, sí! —Marty seguía dando saltos. Pensé que a lo mejor iba a hacer falta sujetarlo con una cuerda a la cintura para que no saliera volando.

—Papá, ¡las películas de *La calle del Miedo* son las más guays! —grité—. ¡Son alucinantes! —Y luego añadí—: ¿El circuito da mucho miedo?

Papá me puso una mano en el hombro.

—Eso espero —respondió—. He intentado que sea lo más espeluznante y lo más auténtico posible. Te montas en el tren y recorres todos los estudios cinematográficos. Te encuentras con todos los personajes de las películas de terror. Y luego el tren te lleva a la calle del Miedo.

—¿La auténtica calle del Miedo? —gritó Marty—. ¿En serio? ¿Pasas por la auténtica calle donde se ruedan las películas?

Papá asintió.

—Sí. La auténtica calle del Miedo.

—¡Sí, sí, sí! —Marty se puso a dar saltos otra vez, chillando

como un loco.

—¡Alucinante! —chillé yo—. ¡Tope alucinante! —Estaba tan entusiasmada como Marty.

De repente, Marty dejó de saltar y adoptó una expresión seria.

—Tal vez no sea conveniente que venga Erin —le dijo a mi padre—. Pasa mucho miedo.

—¿Eh? —grité.

—Se asustó tanto durante el preestreno que tuve que cogerla de la mano —le dijo Marty a papá.

¡Qué mentiroso!

—¡Vale ya! —grité enojada—. ¡El único gallina fuiste tú!

Papá alzó las manos para imponernos silencio.

—Calma, chicos —dijo con suavidad—. Basta de discusiones.

»Tenéis que permanecer unidos. Ya sabéis. Mañana seréis los únicos que estaréis haciendo el circuito. Los únicos.

—¡Sí! —exclamó alegremente Marty—. ¡Sí! ¡Sí!

—¡Guau! ¡Qué pasada! —grité—. ¡Va a ser tope guay! —Entonces se me ocurrió una idea—. ¿Puede venir también mamá? Seguro que se lo pasaría en grande.

—¿Qué? —Papá me miró con sus ojos cegatos y se ruborizó hasta las orejas—. ¿Qué has dicho?

—Que si mamá también podrá venir —repetí.

Papá me miró atentamente durante un buen rato.

—¿Te encuentras bien, Erin? —me preguntó al fin.

—Sí, claro —respondí obediente.

De pronto me sentí muy confusa y desconcertada. ¿Había hecho algo malo?

¿Le pasaba algo a mamá?

¿Por qué me miraba papá de aquel modo?



Mi padre se levantó y me rodeó con el brazo.

—Creo que tú y Marty os lo pasaréis mejor si vais solos —dijo con suavidad—. ¿No crees?

—Sí, supongo que sí—dije obediente.

Aún seguía preguntándome por qué me miraba con tanto recelo, pero decidí no preguntárselo. No quería que se enfadara y que nos quedáramos sin poder hacer el circuito.

—¿Usted tampoco vendrá con nosotros? —le preguntó Marty a papá—. ¿En serio que vamos a ir solos?

—Quiero que vayáis solos —le respondió papá—. Creo que os resultará más emocionante.

Marty me miró burlón.

—¡Espero que sea terrorífico! —afirmó.

—No te preocupes —respondió papá. Una extraña sonrisa se dibujó en su rostro—. No os decepcionará.

A la tarde siguiente, cuando papá nos llevó a Marty y a mí a los estudios de rodaje de *La calle del Miedo*, una niebla gris flotaba en el aire. Yo iba sentada delante con papá, mirando la espesa niebla desde la ventanilla del coche.

—Qué tenebroso está todo ahí fuera —murmuré.

—Perfecto para hacer un circuito por el cine de terror —me interrumpió Marty desde el asiento de atrás.

Estaba tan emocionado que apenas podía estarse quieto. Balanceaba sin parar las piernas arriba y abajo, y tamborileaba con los dedos en el asiento de piel.

Nunca había visto a Marty tan inquieto. ¡Si no hubiera llevado puesto el cinturón de seguridad, probablemente habría salido disparado del coche!

El automóvil ascendía por las colinas de Hollywood. La estrecha carretera serpenteaba entre casas rojas de madera y poblados jardines excavados en las laderas de las colinas.

Mientras ascendíamos, el cielo se fue oscureciendo cada vez más. «Estamos internándonos en un banco de niebla», pensé. Muy a lo lejos, divisé el cartel de HOLLYWOOD en un oscuro pico y semioculto por la niebla.

—Ojalá no llueva —murmuré al ver la niebla que envolvía el cartel.

Papá chasqueó la lengua.

—¡Ya sabes que en Los Ángeles nunca llueve!

—¿Qué monstruos vamos a ver? —preguntó Marty, dando brincos en el asiento de atrás—. ¿Veremos al Electricista Asesino? ¿En serio que vamos a andar por la calle del Miedo?

Papá entornó sus ojos miopes, girando el volante en cada curva y recodo de la carretera.

—No os lo voy a decir —respondió—. Quiero que sea una sorpresa.

—Sólo quería saberlo para poder avisar a Erin —dijo Marty—. No quiero que pase demasiado miedo. A lo mejor se desmaya o le pasa algo raro. —Se echó a reír.

Gruñí enojada. Luego me volví e intenté darle un puñetazo. Pero no pude alcanzarlo.

Marty me despeinó con las dos manos.

—¡Déjame! —grité—. ¡Te lo advierto...!

—Calma, chicos —dijo papá en voz baja—. Ya hemos llegado.

Me volví y miré por el parabrisas. La carretera se había allanado. Frente a nosotros, un enorme cartel anunciaba los ESTUDIOS DE LA CALLE DEL MIEDO con terroríficas letras de color rojo sangre.

Nos dirigimos despacio hacia la inmensa verja de hierro de la entrada. Estaba cerrada. Un vigilante leía el periódico sentado en una pequeña cabina de color negro. Vislumbré unas letras doradas sobre la verja. Una sola palabra: CUIDADO.

Papá acercó el coche a la verja, y el vigilante alzó la vista. Dedicó a papá una ancha sonrisa y luego pulsó un botón. La verja empezó a abrirse lentamente. Papá metió el coche en el garaje blanco contiguo a los estudios y aparcó en la primera plaza junto a la entrada. El garaje era inmenso, pero sólo vi tres o cuatro coches aparcados.

—¡Cuando abramos la semana que viene, este garaje estará lleno hasta los topes! —dijo papá—. Vendrán miles de personas. Bueno, eso espero.

—¡Hoy somos los únicos! —gritó Marty excitado, bajándose del coche de un salto.

—¡Qué suerte tenemos! —añadí.

Unos minutos después, nos hallábamos en el andén exterior del edificio principal, frente a una ancha calle, esperando a que el tren nos recogiera. La calle llevaba a docenas de edificios blancos pertenecientes a los estudios, que se diseminaban por toda la ladera de la colina.

Papá señaló dos enormes edificios tan grandes como los hangares para aviones.

—Ahí se hacen las pruebas de sonido —explicó—. En ellos se ruedan muchas escenas cinematográficas.

—¿Vamos a entrar dentro? —preguntó Marty—. ¿Dónde está la calle del Miedo? ¿Dónde están los monstruos? ¿Están rodando alguna película ahora? ¿Podemos ver cómo lo hacen?

—¡Calma! —gritó papá. Puso las manos en los hombros de Marty, como para impedir que saliera volando. ¡Nunca había visto a Marty tan acelerado!—. ¡Calma, hombre! —repitió papá—. ¡Se te van a fundir los plomos! ¡No vas a aguantar todo el circuito!

Meneé la cabeza.

—Tal vez sería mejor que lo atáramos de una correa —le dije a papá.

—¡Guau, guau! —ladró Marty. Luego me enseñó los dientes e intentó morderme.

Me estremecí. La niebla descendió desde las colinas. El aire se volvió más frío y húmedo. El cielo se oscureció.

Dos hombres con traje de negocios pasaron zumbando por la calle en un cochecito eléctrico. Los dos hablaban a la vez. Uno de

ellos saludó a papá con la mano.

—¿Podremos montarnos en una de esos cochecitos? —preguntó Marty—. ¿Podremos Erin y yo tener uno para cada uno?

—Ni hablar —dijo papá—. Tenéis que montaros en el tren automático. Y recordad una cosa: quedaros en el tren, pase lo que pase.

—¿O sea que no podremos ir a pie por la calle del Miedo? —gimoteó Marty.

Papá negó con la cabeza.

—Está prohibido. Tenéis que quedaros en el tren.

Se volvió hacia mí.

—Cuando regreséis, yo os estaré esperando aquí en el andén. Quiero un informe completo. Quiero saber lo que os gusta y lo que no os gusta. Y no os preocupéis si las cosas no salen exactamente como deben. Es posible que algún que otro «bichito» os dé una buena sorpresa.

—¡Eh, ahí está el tren! —gritó Marty, brincando sin parar y señalándolo con el dedo.

El tren dobló la curva silenciosamente. Conté seis vagones en total.

Tenían la forma de los coches de las montañas rusas: descubiertos por arriba, sólo que mucho más alargados y espaciosos. Los vagones eran negros. Delante del primero, había pintada una sonriente calavera blanca.

En el primer banco del vagón de cabeza estaba sentada una joven pelirroja que llevaba un uniforme negro.

Nos saludó con la mano cuando el tren se acercó al andén. Era la única pasajera.

Se bajó de un salto cuando el tren se detuvo.

—¡Hola! Me llamo Linda. Soy vuestra guía. —Sonrió a mi padre. Su melena pelirroja ondeó al viento.

—Hola, Linda —le dijo papá devolviéndole la sonrisa. Nos empujó con suavidad—. Aquí están tus dos primeras víctimas.

Linda se echó a reír y nos preguntó cómo nos llamábamos. Se lo dijimos.

—¿Podemos sentarnos delante? —le preguntó Marty con impaciencia.

—Sí, claro —contestó Linda—. Podéis sentaros donde queráis. Es todo vuestro.

—¡Vale! —gritó Marty. Nos palmeamos las manos.

Papá se echó a reír.

—Me parece que Marty ya está listo para empezar —le dijo a Linda.

Linda se apartó el cabello pelirrojo de la cara.

—Podéis empezar ahora mismo, chicos. Pero antes tengo que hacer una cosa. —Se asomó al interior del vagón y cogió una bolsa de lona negra—. Será sólo un segundo, chicos. —Sacó una pistola roja de plástico—. Es el lanzarrayos paralizador antimonstruos.

Cogía la pistola de plástico con firmeza. El arma parecía salida de una película de *Star Trek*. Linda dejó de sonreír y entornó sus ojos verdes.

—Con estos lanzarrayos hay que andarse con cuidado, chicos. Pueden dejar a un monstruo totalmente paralizado desde más de cincuenta metros.

Me dio el lanzarrayos. Luego rebuscó en la bolsa para darle otro a Marty.

—No los uséis a menos que os veáis obligados a hacerlo. —Tragó saliva y se mordió el labio—. Confío en que no los tengáis que necesitar.

Me eché a reír.

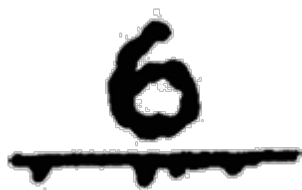
—¿Estás bromeando, no? Son de juguete, ¿no es cierto?

No respondió. Sacó otro lanzarrayos de la bolsa y fue a dárselo a Marty, pero tropezó con un cable que había en el andén.

—¡Oh! —gritó alarmada cuando el lanzarrayos se le cayó al suelo.

Un fuerte zumbido. Un deslumbrante rayo de luz amarilla.

Y Linda se quedó paralizada en el andén.



—¡Linda! ¡Linda! —grité.

Marty se quedó boquiabierto. Soltó un gorjeo ahogado.

Miré a papá. Estaba sonriendo.

—¡Papá... está... está paralizada! —chillé. Pero cuando me volví para mirar a Linda, ella también lucía una ancha sonrisa.

Pronto nos dimos cuenta de que todo había sido una broma.

—Éste es el primer susto del circuito del terror —anunció Linda, bajando el lanzarrayos rojo. Puso una mano en el hombro de Marty—. Me parece que te he dado un buen susto, ¿eh, Marty?

—¡Qué va! —replicó Marty—. Ya sabía que era una broma. Sólo te seguía la corriente.

—¡Venga Marty! —grité poniendo los ojos en blanco—. Un poco más y te quedas sin dientes.

—¡No me ha dado ningún susto, Erin! —insistió—. En serio. Seguí la broma, eso es todo. ¿De verdad crees que iban a pegármela con un absurdo lanzarrayos de plástico?

Marty es un pelmazo de mucho cuidado. ¿Por qué nunca admite que ha pasado miedo?

—Venga, subid los dos —nos instó papá—. Vamos a poner esto en marcha.

Marty y yo nos encaramamos al asiento delantero del vagón.

Busqué un cinturón o una barra de seguridad, pero no había nada.

—¿Vas a acompañarnos? —le pregunté a Linda.

Negó con la cabeza.

—No, vais solos. El tren es automático. —Dio a Marty su lanzarrayos paralizador—. Espero que no tengáis que usarlo.

—Sí, por supuesto —murmuró Marty poniendo los ojos en blanco—. Esta pistola es de lo más infantil.

—No os olvidéis. Estaré esperándoos aquí cuando acabéis el circuito —dijo papá. Nos dijo adiós con la mano—. Que os lo paséis bien. Quiero un informe completo.

—No os bajéis del tren —nos recordó Linda—. No saquéis la cabeza ni los brazos. Y no os pongáis de pie mientras el tren esté en movimiento.

Pisó un botón azul que había en el suelo del andén. El tren se puso en marcha con un brusco tirón. Marty y yo nos caímos de espaldas en el asiento. Luego el tren empezó a avanzar con suavidad.

—¡La primera parada es la casa encantada del terror! —nos gritó Linda—. ¡Buena suerte!

Me volví para verla decirnos adiós con su larga cabellera pelirroja ondeando al viento. Cuando el tren empezó a ir cuesta abajo, comenzó a soplar un fuerte viento. El cielo estaba casi tan oscuro como si fuera de noche. Algunos de los edificios blancos que integraban los estudios quedaban ocultos entre la espesa niebla.

—¡Qué porquería de pistola! —murmuró Marty mientras la manoseaba—. ¿Para qué íbamos a necesitar una pistola de plástico? Espero que el resto del circuito no sea tan infantil.

—Y yo espero que no te pases toda la tarde quejándote —le dije frunciendo el ceño—. ¿Te das cuenta de lo alucinante que es todo esto? Vamos a ver las magníficas criaturas que salen en las películas de *La calle del Miedo*.

—¿Crees que veremos al Electricista Asesino? —preguntó. Es su favorito, supongo que porque es la cosa más asquerosa del mundo.

—Es posible —respondí sin dejar de mirar los edificios que íbamos dejando atrás, todos a oscuras y vacíos.

—Quiero ver al chico lobo y a la chica lobo —dijo Marty, contando los monstruos con los dedos de la mano—. Y... a los piraña, y al capitán mareado, a la superardilla mutante, y...

—¡Guau! ¡Mira! —grité, aporreándole el hombro y señalando con la otra mano.

Cuando el tren dobló una curva muy cerrada, la casa encantada del terror se erigió lóbrega ante nosotros. El tejado y los altos torreones de piedra estaban tapados por la espesa niebla. El resto de la mansión se perfilaba grisáceo en el cielo de la tarde.

El tren fue acercándose. El jardín de la casa estaba infestado de altos hierbajos mecidos por el viento. Los troncos grises de la casa estaban astillados y sin corteza. Una pálida luz verde, una luz tenue y misteriosa, se proyectaba desde la alta ventana que se abría en la fachada.

Al acercarnos vi unas rejas oxidadas de hierro, que se abrían y cerraban solas, en un pórtico roto y semiderruido.

—¡Guay! —exclamé.

—Parece mucho más pequeña que en la película —gruñó Marty.

—¡Es exactamente la misma casa! —grité.

—Entonces, ¿por qué parece mucho más pequeña? —preguntó.

¡Qué gruñón!

No le hice caso y me concentré en la casa encantada. Estaba circundada por una cerca de hierro. Cuando empezamos a rodearla por un lado, la verja oxidada se abrió con un chirrido.

—¡Mira! —Señalé las ventanas a oscuras del segundo piso. Todas las contraventanas se abrieron a la vez, y luego volvieron a cerrarse de golpe.

Las ventanas se iluminaron. A través de las persianas, vi siluetas de esqueletos colgados, meciéndose despacio adelante y atrás.

—No está mal —dijo Marty—, pero no da mucho miedo. —Alzó su pistola de plástico y fingió que disparaba a los esqueletos.

Rodeamos la casa encantada del terror. Desde el interior salían desgarrados alaridos. Las contraventanas se cerraban de golpe una y otra vez. La verja del pórtico seguía abriéndose y cerrándose sin dejar de chirriar, como si la guiara la mano de un fantasma.

—¿Vamos a entrar o no? —preguntó Marty con impaciencia.

—Siéntate bien y deja de quejarte —dije de mal humor—. El circuito acaba de empezar. No me lo estropees, ¿vale?

Me sacó la lengua, pero se arrellanó en el asiento. Oímos un largo aullido y luego un agudo alarido de terror.

El tren avanzó en silencio hacia la parte de atrás de la casa. Luego se abrió una verja y la franqueamos. Nos internamos como

un rayo en el patio invadido de vegetación e infestado de hierbajos.

El tren ganó velocidad. Avanzamos por el césped a trompicones, hacia la puerta de atrás. Un cartel de madera encima de la puerta decía: ABANDONA TODA ESPERANZA.

«¡Vamos a empotrarnos en la puerta!», pensé. Agaché la cabeza y alcé las manos para protegerme.

La puerta se abrió con un chirrido y la franqueamos a toda velocidad.

El tren redujo la marcha. Bajé las manos y me incorporé en el asiento. Nos hallábamos en una oscura cocina cubierta de polvo. Un fantasma invisible estalló en una malévola risotada. La pared estaba cubierta de ollas y cazuelas abolladas. Al pasar, se cayeron al suelo con gran estruendo.

La puerta del horno se abrió y cerró por sí sola. La tetera empezó a silbar en el fogón. Los platos de los estantes se pusieron a vibrar. Las risotadas se hicieron más fuertes.

—Da bastante miedo —susurré.

—¡Ooh! ¡Qué miedo! —exclamó Marty con sarcasmo. Se cruzó de brazos—. ¡Qué a-bu-rri-mien-to!

—Marty, ya vale, ¿no? —Lo aparté de un empujón—. Haz lo que te dé la gana pero no me estropees la fiesta.

Aquello pareció afectarle.

—Lo siento —murmuró, y se puso de nuevo a mi lado.

El tren salió de la oscura cocina para entrar en un pasillo todavía más oscuro. De las paredes colgaban cuadros de duendes y horrendas criaturas.

Al acercarnos a un armario, la puerta se abrió de golpe y un esqueleto apareció gritando ante nosotros, con las mandíbulas abiertas y los brazos extendidos para atraparnos.

Yo me puse a gritar. Marty se echó a reír.

El esqueleto volvió a meterse en el armario. El tren dobló una esquina. Una luz se puso a parpadear ante nosotros.

Entramos en una gran estancia circular.

—Es el salón —susurré a Marty. Alcé la vista hacia la luz trémula y vi una araña de cristal colgando del techo con una docena de velas encendidas.

El tren se detuvo justo debajo. La lámpara empezó a temblar.

Luego, con un silbido, las velas se apagaron de golpe.

La estancia se quedó sumida en la oscuridad.

Entonces una ronca risotada resonó a nuestro alrededor.

Sofoqué un grito.

—¡Bienvenidos a mi humilde hogar! —dijo de pronto una voz ronca.

—¿Quién es? —le susurré a Marty—. ¿De dónde sale?

No obtuve respuesta.

—Eh, ¿Marty? —Me volví hacia él y repetí—: ¿Marty...?

Había desaparecido.

7

—¿Marty?

Se me cortó la respiración. Me quedé paralizada, con los ojos clavados en la oscuridad.

«¿Adónde habrá ido? —me dije—. Sabe que no debemos bajarnos del vagón. ¿Habrá saltado?»

No.

Si lo hubiera hecho, yo lo habría oído.

—¿Marty?

Alguien me agarró del brazo.

Oí una risa sofocada, la risa de Marty.

—Eh, ¿dónde estás? ¡No te veo! —grité.

—Yo tampoco te veo a ti —respondió—. Pero no me he movido. Sigo sentado a tu lado.

—¿Eh? —Alargué el brazo y palpé la manga de su camisa.

—¡Qué pasada! —exclamó Marty—. Estoy moviendo los brazos pero no veo nada. ¿De verdad que no me ves?

—No —respondí—. Pensaba que...

—Es algún truco de iluminación —dijo—. Luz negra o algo así. Algún efecto especial tope guay.

—Pues me ha puesto los pelos de punta —confesé—. Creí que habías desaparecido de verdad.

—Boba —se burló.

Y entonces dimos un brinco.

De repente surgió un fuego en la gran chimenea de ladrillo. Una intensa luz naranja llenó la estancia. Un sillón muy grande giró

vertiginosamente, y un esqueleto de malévola sonrisa apareció ante nosotros.

El esqueleto alzó su amarillenta calavera. Las mandíbulas se movieron.

—Espero que os guste mi casa, porque nunca podréis salir de aquí.

Eché la cabeza hacia atrás y soltó una maligna risotada.

El tren se puso en marcha de golpe. Salimos con gran estrépito del salón a un largo pasillo a oscuras. Las risas del esqueleto resonaban a nuestras espaldas.

Me hundí en el asiento a medida que el tren ganaba velocidad.

Doblamos una esquina. Descendimos por otro largo pasillo, tan oscuro que no se veían las paredes.

Más deprisa. Más deprisa.

Doblamos otra esquina a la velocidad del rayo. Volvimos a girar con brusquedad.

Ahora estábamos ascendiendo. Y luego el tren se inclinó tanto que nos pusimos a gritar, alzando los brazos.

Otro giro brusco. Arriba, arriba, arriba. Y luego empezamos a descender bruscamente.

Unas montañas rusas en la más completa oscuridad.

Era alucinante, sobre todo porque no nos lo esperábamos. Nos pusimos a gritar como locos. Chocábamos el uno contra el otro cuando el tren giraba vertiginosamente por los negros pasillos de la casa encantada del terror. Arriba, arriba, otra vez. Entonces volvimos a inclinarnos bruscamente hacia abajo.

Me agarré desesperadamente al vagón con tanta fuerza que me dolían las manos. No había cinturón, no había barra de seguridad.

«¿Y si volcamos?», me pregunté.

El vagón se inclinó bruscamente a un lado, como si hubiera leído mis temerosos pensamientos. Di un alarido y se me soltaron las manos. Me deslicé contra el lado del vagón. Marty se cayó encima de mí. Intenté frenéticamente asirme a alguna cosa.

El vagón volvió a ponerse horizontal. Respiré hondo y recuperé mi posición en el largo asiento.

—¡Guau! ¡Ha sido magnífico! —gritó Marty, riéndose—. ¡Magnífico!

Me agarré al vagón, volví a respirar hondo y contuve la respiración, intentando apaciguar mi corazón desbocado.

Una puerta se abrió ante nosotros y la franqueamos a toda velocidad.

El vagón vibró intensamente. Vi árboles. El cielo tras la niebla gris.

Ya volvíamos a estar fuera, cruzando el patio a toda velocidad. Los dos chocábamos contra los lados del vagón mientras el tren rugía y sorteaba los lóbregos árboles.

Me ahogaba. No podía respirar. El viento me azotaba la cara. El vagón traqueteaba y chirriaba mientras avanzábamos a bandazos por aquel relieve tan accidentado.

Íbamos sin control. Seguro que el tren se había estropeado.

Dando grandes tumbos en el asiento de plástico, agarrándome con todas mis fuerzas, busqué con la mirada a alguien que nos pudiera ayudar.

Todo estaba desierto.

Entramos en la carretera.

El tren empezó a reducir la marcha. Miré a Marty. Tenía el pelo arremolinado en la cara, las mandíbulas desencajadas, los ojos en blanco. Estaba alucinando.

El tren fue reduciendo poco a poco la velocidad hasta avanzar suave y silenciosamente.

—¡Ha sido fantástico! —afirmó Marty. Se retiró el pelo de la cara y me miró burlón. Yo sabía que él también había pasado miedo, aunque fingía que había disfrutado con aquel trayecto tan loco y salvaje.

—Sí. Magnífico. —Yo también intenté disimular, pero la voz me salió débil y temblorosa.

—Voy a decirle a tu padre que el trayecto por los pasillos ha sido tope guay —afirmó Marty.

—Es bastante díver —comenté—. Y da bastante miedo.

Marty apartó la vista.

—¡Eh! ¿Dónde estamos?

El tren se había parado. Me puse en pie y miré a mi alrededor. Nos habíamos detenido entre dos hileras de arbustos. Los arbustos eran esbeltos, en forma de lanzas que apuntaban al cielo.

El sol de la tarde pugnaba por atravesar la espesa niebla. El cielo gris filtraba tenues rayos solares. Las sombras altas y delgadas de los arbustos se proyectaban sobre el vagón.

Marty se puso en pie y miró hacia la cola del tren.

—Por aquí no hay nada —dijo—. Estamos en el quinto pino. ¿Por qué nos hemos parado?

—¿Crees que...? —empecé a decir, pero enmudecí cuando vi un arbusto que se movía.

Se onduló. El arbusto contiguo se onduló también.

—Marty... —susurré, tirándole de la manga. Vi el destello de dos círculos rojos detrás del arbusto. ¡El destello de dos ojos rojos! —. Marty, ahí hay alguien.

Otro par de ojos. Y luego otro par más. Mirándonos desde los arbustos.

Y luego dos zarpas oscuras.

Y luego el crepitar de la hojarasca. El arbusto se inclinó, y una oscura silueta apareció de un salto. Y después otra.

Gruñendo, bufando.

Sofiqué un grito. No había tiempo de huir.

Estábamos rodeados de horribles criaturas, criaturas que surgían de entre los arbustos, resoplando y jadeando. Se acercaron..., se acercaron a nosotros y empezaron a encaramarse al tren.



Marty y yo nos pusimos en pie de un brinco.

—Ohhhhhh —gimió Marty aterrado.

Empecé a retroceder de espaldas. Pensé que tal vez podría escapar sigilosamente por el otro lado del vagón.

Pero los monstruos se aproximaban por ambos lados, gruñendo y bufando.

—¡De-dejadnos en paz! —tartamudeé.

Un monstruo cubierto de una maraña de pelo castaño abrió sus fauces y nos enseñó dos largas hileras de puntiagudos colmillos amarillentos. Su aliento caliente me azotó el rostro. Se acercó un poco más. Luego me dio un topetazo con su voluminosa zarpa y lanzó un rugido amenazador.

—¿Quieres un autógrafo? —gruñó.

Lo miré sin aliento, con la mandíbula colgándome hasta los pies.

—¿Eh?

—¿Una foto firmada? —Volvió a alzar su zarpa peluda. Llevaba una foto en blanco y negro.

—¡Eh! ¡Pero si tú eres Cara de Mono! —gritó Marty, señalándolo con el dedo.

La peluda criatura asintió con un movimiento de cabeza y ofreció la foto a Marty.

—¿Quieres una foto? Estáis en la etapa de los autógrafos.

—Sí, vale —respondió Marty.

El enorme simio cogió un rotulador que llevaba apoyado en la oreja y se inclinó para dedicar una foto a Marty.

Cuando los latidos de mi corazón se fueron normalizando, comencé a reconocer algunas criaturas. El monstruo cubierto de cieno púrpura era el Salvaje Tóxico. Y distinguí a Dulce Sue, la muñeca que hablaba y andaba y tenía pelo auténtico que podía peinarse. En realidad Dulce Sue era una asesina mutante de Marte.

El monstruo con cara de rana cubierto de pies a cabeza de verrugas era la Rana Fabulosa, también conocida como el Sapo Asesino. Protagonizaba *Aguas estancadas* y *Aguas estancadas II*, dos de las películas más aterradoras que he visto en mi vida.

—Rana, ¿puedes firmarme un autógrafo? —pregunté.

—Croac, croac. —La rana cogió un bolígrafo con su mano plagada de verrugas. Me acerqué a ella con expectación y la vi firmar la foto. Le costaba escribir. El bolígrafo se le resbalaba continuamente de su viscosa mano.

Marty y yo reunimos unos cuantos autógrafos. Luego las criaturas volvieron a internarse en los arbustos, resoplando y jadeando.

Cuando todos los monstruos se hubieron ido, los dos nos reímos a mandíbula batiente.

—¡Vaya tontería! —grité yo—. Cuando los vi acercarse desde los arbustos, creí que iba a darme un patatús. —Eché un vistazo a las fotos—. Pero es tope guay que nos hayan firmado autógrafos.

Marty hizo un gesto desdeñoso.

—Sólo son un puñado de actores disfrazados —dijo con desprecio—. Esto es para bebés.

—Pe-pero, parecían de verdad —tartamudeé—. No daba la impresión de que llevaran disfraces. Las manos del Sapo Asesino eran viscosas de verdad. Y el pelo de Cara de Mono era muy real. Las caretas eran alucinantes. No he notado que eran caretas.

Me aparté el pelo de los ojos.

—¿Cómo te pones un disfraz de éstos? No he visto botones, ni cremalleras, ni nada.

—Eso es porque son disfraces de películas —explicó Marty—. Son mejores que los disfraces normales.

El señor sabelotodo.

El tren empezó a dar marcha atrás. Me arrellané en el asiento. Las dos hileras de arbustos se fueron desvaneciendo a lo lejos.

En la extensa ladera de la colina vi los edificios blancos de los estudios. Me pregunté si estarían rodando alguna película. Tal vez el tren nos llevara hasta allí y podríamos presenciar algún rodaje.

Vi dos cochecitos eléctricos en la carretera que trasladaban gente a los edificios donde se realizan las pruebas de sonido.

El sol aún luchaba por atravesar la espesa niebla. El tren avanzaba a bandazos por la hierba, cuesta arriba.

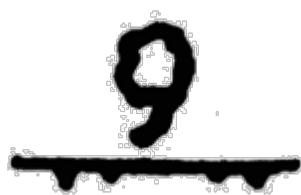
—¡Guau! —exclamé cuando giramos bruscamente y volvimos a dirigirnos hacia los árboles.

«Por favor, no se apeen nunca del tren —informó una voz femenina desde un altavoz instalado en el vagón—. La siguiente parada será la cueva de las larvas vivientes.»

—¿La cueva de las larvas vivientes? ¡Guau! ¡Suenan terrorífico! —exclamó Marty.

—¡Ni que lo digas! —añadí.

No teníamos ni idea de lo terrorífico que realmente iba a ser.



El tren avanzó zigzagueante entre los árboles. La sombras se cernían sobre nosotros como tenebrosos fantasmas.

El silencio era total. Intenté imaginarme cómo sería el circuito si el tren estuviera repleto de niños y adultos excitados. Llegué a la conclusión de que con mucha gente daría menos miedo.

Pero no me quejaba. Marty y yo teníamos muchísima suerte de ser los primeros niños del mundo en probar el circuito.

—¡Guau! —Marty me agarró del brazo cuando la cueva de las larvas vivientes apareció ante nosotros. La boca de la cueva era un enorme agujero oscuro, excavado en la ladera de la colina. Más allá de la entrada vislumbré una trémula luz plateada.

El tren redujo la marcha a medida que se acercaba a la tenebrosa abertura. En un cartel encima de la entrada aparecía toscamente grabada una sola palabra: ADIÓS.

El tren se internó dando bandazos.

—¡Eh...! —grité, agachando la cabeza. ¡Habíamos pasado justísimos!

En la trémula luz de la cueva.

Al instante noté el aire mucho más frío y húmedo. Percibí un penetrante olor a tierra que casi me asfixiaba.

—¡Murciélagos! —susurró Marty—. ¿Tú qué opinas, Erin? ¿Crees que aquí hay murciélagos? —Me soltó una estúpida risotada en el oído.

¡Marty sabe que detesto los murciélagos!

Ya sé, ya sé. En realidad los murciélagos no son criaturas

malignas ni peligrosas. Los murciélagos se alimentan de mosquitos y de otros insectos.

Y no atacan a la gente, no se enredan en el pelo ni chupan la sangre a nadie. Eso sólo pasa en las películas.

Todo eso ya lo sé. Pero me da igual.

Los murciélagos son horribles, terroríficos y repugnantes. Los detesto.

Un día se me ocurrió decirle a Marty que odiaba los murciélagos, y desde entonces siempre me está atormentando con lo mismo.

El tren siguió internándose en la cueva. El aire estaba aún más frío, y el penetrante olor casi me asfixiaba.

—¡Mira... allí! —chilló Marty—. ¡Un vampiro!

—¿Dónde? —grité sin poder contenerme, presa del pánico.

Naturalmente, era una de las estúpidas bromas de Marty. Se puso a reír como un loco.

Le di un fuerte puñetazo en el hombro.

—No tienes ninguna gracia. No haces más que bobadas.

Marty se rió con más ganas todavía.

—¿Qué te juegas a que en esta cueva hay murciélagos? —insistió—. En una cueva profunda y tenebrosa como ésta tiene que haber murciélagos.

Dejé de mirar su rostro burlón y agucé el oído para captar el aleteo de murciélagos. No oí nada.

La cueva se fue haciendo más estrecha. Daba la impresión de que las paredes iban a aplastarnos. El lateral del vagón rozaba con la pared de tierra. Yo notaba que íbamos cuesta abajo.

A la tenue luz plateada, vi una larga hilera de cosas puntiagudas con aspecto de carámbanos colgando del techo de la cueva. Sé que tienen un nombre, pero nunca me acuerdo de si se llaman estalagmitas o estalactitas.

Volví a agachar la cabeza cuando el tren pasó por debajo como un rayo. A pocos centímetros de nuestras cabezas, parecían puntiagudas trompas de elefante.

—¡Nos estamos acercando a los murciélagos! —bromeó Marty.

No le hice caso. Miraba fijamente al frente. La cueva volvió a ensancharse. Unas sombras tenebrosas oscilaban y danzaban en las

paredes a nuestro paso.

—¡Ohhh! —gemí sobresaltada al notar en la nuca algo frío y viscoso.

Me volví bruscamente hacia Marty.

—¡Basta! —grité—. ¡Quítame tus frías manos de encima!

—¿Quién... yo?

No me tocaba. Estaba agarrado al vagón con las dos manos.

Entonces, ¿qué era aquello tan frío y húmedo que tenía en la nuca? Sentí un estremecimiento, y todo el cuerpo me empezó a temblar.

—¡Ma-Marty! —tartamudeé—. ¡So-socorro!

Marty se me quedó mirando, perplejo.

—Erin, ¿qué te pasa?

—Mi nuca... —Me quedé sin habla.

Noté que la cosa fría y húmeda empezaba a moverse. No esperé a que Marty me ayudara. Me llevé la mano a la nuca y la cogí. Era pegajosa y fría al tacto. Se enroscaba y se retorció. La tiré en el asiento.

¡Un gusano!

Un enorme gusano blanco, húmedo y frío.

—¡Qué raro! —exclamó Marty. Se acercó para examinarlo—. ¡Nunca había visto un gusano tan grande! Y es blanco.

—Se-se ha caído del techo —dije, mirando cómo se retorció—. Está helado.

—Déjame tocarlo —dijo Marty.

Alzó la mano y acercó despacio su dedo índice al gusano.

Lo tocó en el centro.

Y entonces soltó un chillido de terror que retumbó en toda la cueva.

10

—¿Qué pasa, Marty? ¿Qué ocurre? —aullé.

—Yo... yo... yo... —No podía hablar. Los ojos se le salían de las órbitas. Se quedó con la lengua fuera.

Alzó la mano y se quitó un gusano blanco de la coronilla.

—¡Yo... yo... yo... también tengo uno! —consiguió decir por fin.

—¡Puaj! —grité. ¡Su gusano era casi tan largo como un cordón de zapatos!

Entre los dos tiramos los gusanos fuera del vagón.

Pero entonces noté un plop suave y húmedo en el hombro. Y luego un frío plop en la coronilla. Y después otro en la frente, como una fría bofetada.

—¡Ohhhh! ¡Socorro! —grité. Empecé a bracear, intentando agarrar los gusanos, luchando por quitármelos de encima.

—¡Marty... por favor! —Me volví hacia a él en busca de ayuda.

Pero Marty también estaba peleándose con ellos, retorciéndose, agachándose, intentando esquivarlos, mientras la lluvia de gusanos blancos seguía arreciando cada vez con más intensidad.

Vi uno que le caía en el hombro, y otro que empezaba a enroscársele en la oreja.

Me quité las húmedas y viscosas criaturas tan rápido como pude y las eché fuera del vagón, que ahora avanzaba lentamente.

«¿De dónde salen?», me pregunté.

Alcé la vista... y un gordo gusano blanco me cayó en los ojos.

Solté un chillido y me lo quité de un manotazo.

El tren giró con brusquedad, haciéndonos resbalar en el asiento.

La cueva volvió a estrecharse cuando entramos en otra galería. La tenue luz plateada nos acompañaba en nuestro accidentado avance.

Dos gusanos blancos de más de un palmo avanzaban por mi regazo. Me los saqué de encima de otro manotazo.

Miré si había más. Me picaba todo el cuerpo. La nuca me escocía. Temblaba de pies a cabeza.

—Han dejado de caer gusanos —anunció Marty con voz temblorosa.

¿Por qué me seguía picando todo el cuerpo entonces?

Me rasqué la nuca. Me puse en pie y miré el asiento, luego el suelo. Encontré un último gusano que me subía por el zapato. Me deshice de él de un puntapié; luego me derrumbé en el asiento con un sonoro suspiro.

—¡Ha sido superasqueroso! —gemí.

Marty se rascó el pecho; luego se frotó la cara con ambas manos.

—Supongo que por eso la llaman la cueva de las larvas vivientes —dijo. Se pasó la mano por su pelo negro.

Me estremecí. El cuerpo seguía picándome. Sabía que nos habíamos deshecho de los gusanos, pero seguía notándolos.

—Esos gusanos blancos tan asquerosos, ¿crees que estaban vivos?

Marty negó con la cabeza.

—Claro que no. Eran de mentira —respondió con una sonrisa burlona—. Supongo que te lo has creído, ¿eh?

—Parecían realmente de verdad —respondí—.

Y se movían de una forma...

—Eran robots o algo así —dijo Marty, rascándose las rodillas—. Aquí todo es de mentira. Tiene que serlo.

—Yo no estoy tan segura —dije, sintiendo aún el picor en todo el cuerpo.

—Bueno, pregúntaselo a tu padre —respondió Marty gruñón.

Me eché a reír. Sabía por qué Marty se había puesto de tan mal humor de repente. Fueran los gusanos de verdad o de mentira, se había asustado.

Y él sabía que yo sabía que se había asustado.

—No creo que a los niños pequeños les vayan a gustar los gusanos —dijo Marty—. Me parece que les darán demasiado miedo.

Voy a decírselo a tu padre.

Iba a replicarle, pero entonces noté algo que me caía encima. Algo rasposo y reseco.

Me cubría la cara, los hombros, el cuerpo entero.

Intenté quitármelo con las dos manos. «Debe de ser una especie de red», pensé.

Hice desesperados esfuerzos por quitármela de la cara. Entonces vi que Marty se revolvía y agitaba los brazos, preso de la misma red.

El tren siguió avanzando por la lóbrega galería subterránea. La red se me pegaba a la cara como el algodón dulce de feria.

Marty, saltó un alarido.

—¡Es-es una telaraña enorme! —tartamudeó.

Di tirones, manotazos y empujones, pero los pegajosos hilos se me adherían a la cara, los brazos y la ropa.

—¡Puaj! ¡Qué asco!

Entonces vi los puntos negros que correteaban por la telaraña. Tardé unos segundos en darme cuenta de que eran arañas. ¡Cientos de arañas!

—¡Ohhh! —De mi garganta salió un gemido ronco.

Sacudí la telaraña con ambas manos. Me froté las mejillas frenéticamente, intentando desprender los pegajosos hilos. Me quité una araña de la frente y otra del hombro de la camiseta.

—¡Las arañas! ¡Las tengo en el pelo! —gimoteó Marty.

De repente se olvidó de su sangre fría. Empezó a rascarse el pelo con las dos manos, pegándose en la cabeza, estrujando y aplastando las arañas.

Mientras el tren avanzaba en silencio, los dos nos revolvíamos angustiados para desprendernos de las arañas negras. Me quité tres del pelo. Luego noté una que me subía por la nariz. Lancé un alarido de horror... y la expulsé de un estornudo.

Marty me sacó una araña del cuello y la tiró al aire. La última araña.

No veía ni notaba ninguna más.

Nos derrumbamos en el asiento, respirando trabajosamente. El corazón me latía enloquecido.

—¿Sigues pensando que todo es de mentira? —le pregunté a

Marty con un hilillo de voz.

—No lo sé —respondió quedamente—. A lo mejor las arañas eran títeres. Sí. Teledirigidos.

—¡Eran de verdad! —grité—. ¡Admítelo, Marty! ¡Eran de verdad! ¡Estábamos en la cueva de las larvas vivientes y estaban vivas!

Los ojos de Marty se abrieron de par en par.

—¿Lo dices en serio?

Asentí.

—Tenían que ser arañas de verdad.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Marty.

—¡Qué tope! —exclamó—. ¡Arañas de verdad! ¡Qué pasada!

Suspiré profundamente y me hundí más en el asiento. Para mí no era ninguna pasada. Para mí era algo espeluznante y asqueroso.

Todo el mundo cree que estos circuitos tienen que ser de mentira. Por eso son divertidos. Decidí decirle a mi padre que los gusanos y las arañas daban demasiado miedo. Tendría que deshacerse de ellos antes de abrir el circuito al público.

Me crucé de brazos y miré al frente. Me pregunté en qué íbamos a meternos ahora. Esperaba que no hubiera más insectos asquerosos al acecho para caer sobre nosotros y subírsenos por la cara y por todo el cuerpo.

—¡Me parece que oigo murciélagos! —bromeó Marty. Se acercó a mí, sonriendo burlón—. ¿Oyes esos aleteos? ¡Vampiros gigantes!

Lo aparté de un empujón. No estaba de humor para bromas.

—¿Cuándo salimos de esta cueva? —pregunté con impaciencia—. Esto no es nada divertido.

—Yo lo encuentro guay —repitió Marty—. Me gusta explorar cuevas.

La angosta galería se abrió en una amplia caverna. El techo parecía estar a más de un kilómetro de distancia. Había rocas gigantes diseminadas por el suelo de la caverna. Rocas apiladas unas sobre otras. Rocas por todas partes.

Más adelante se oía el goteo de agua. Chop, chop, chop.

Las paredes de la caverna despedían una misteriosa luz verde. El tren se iba acercando a la pared del fondo, y de pronto se detuvo.

—Y ahora, ¿qué? —susurré.

Nos dimos la vuelta en el asiento y escrutamos la inmensa caverna. Sólo se veían rocas. Rocas lisas, algunas redondas, otras cuadradas.

Chop, chop, chop. El agua goteaba a nuestra derecha. El aire era frío y húmedo.

—Esto es un poco aburrido —murmuró Marty—. ¿Cuándo nos ponemos en marcha?

Me encogí de hombros.

—No sé. ¿Por qué nos hemos parado aquí? Esto no es más que una inmensa cueva vacía.

Esperamos a que el tren hiciera marcha atrás y nos sacara de allí.

Y esperamos.

Pasó un minuto. Luego unos cuantos más.

Los dos nos volvimos y nos pusimos de rodillas en el asiento, mirando hacia la cola del tren.

Ningún movimiento. Oíamos el goteo continuo del agua, resonando en las altas paredes de piedra. Ningún otro sonido.

Me incliné sobre el respaldo del asiento, ahuequé las manos junto a la boca y grité:

—¡Eh! ¿Hay alguien por ahí?

Me quedé escuchando. Ninguna respuesta. Volví a intentarlo.

—¿Hay alguien por ahí? ¡Nos hemos quedado atascados!

Ninguna respuesta.

Sólo el constante chop, chop, chop del agua.

Esperé, escrutando aquel resplandor verde.

¿Por qué no se ponía en marcha el tren? ¿Se había averiado? ¿Nos habíamos quedado atascados de verdad?

Me volví hacia Marty.

—¿Qué le pasa a este tren? ¿Crees que estamos...? ¡Eh!

Me quedé sin respiración cuando vi el asiento vacío a mi lado.

Alargué las manos, intentando palpar a Marty.

¿Otro truco de iluminación? ¿Otra ilusión óptica?

—¿Marty? ¿Eh, Marty?

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Esta vez Marty había desaparecido de verdad.



—¿Marty...?

Me sobresaltaron unos crujidos junto al vagón.

Me di la vuelta de golpe y vi a Marty mirándome burlón desde el suelo de la cueva.

—¡Te pillé!

—¡Idiota! —grité. Le di un puñetazo, pero él lo esquivó, riéndose a carcajadas—. ¡Tú eres la larva viviente! —chillé—. Has querido asustarme expresamente.

—¡No es muy difícil que digamos! —me espetó. Dejó de sonreír—. He bajado para ver qué pasaba.

—¡Pero el tren puede ponerse en marcha en cualquier momento! Recuerdo muy bien lo que nos dijo la guía. Dijo que no debíamos bajarnos del tren por nada del mundo.

Marty se agachó y examinó las ruedas.

—Me parece que el tren se ha quedado atascado. A lo mejor se ha salido de la vía. —Alzó la vista para mirarme y meneó la cabeza con preocupación—. Pero no hay vía.

—Marty, vuelve a subir —supliqué—. Si se pone en marcha y te deja aquí...

Agarró el borde del vagón con ambas manos y lo zarandeó. El vagón rebotó sobre las ruedas pero no se movió.

—Me parece que se ha averiado —dijo quedamente Marty—. Tu padre comentó que podía surgir algún contratiempo.

Sentí una punzada de terror en el pecho.

—¿Quieres decir que nos hemos quedado atascados aquí dentro,

en esta terrorífica cueva?

Se dirigió a la cabecera del tren e intentó moverlo, empujando con todas sus fuerzas.

Pero no se movió ni un milímetro.

—¡Uf! —murmuré, meneando la cabeza—. Esto no tiene ninguna gracia.

Me puse de rodillas en el asiento y volví a gritar con todas mis fuerzas.

—¿Hay alguien por ahí? ¿Hay algún trabajador? ¡El tren se ha quedado atascado!

Chop, chop, chop. El goteo del agua fue la única respuesta.

—¿Puede alguien ayudarnos? —grité—. Por favor, ¿puede alguien ayudarnos?

Ninguna respuesta.

—Y ahora, ¿qué? —chillé.

Marty seguía empujando el tren con todas sus fuerzas. Hizo una última tentativa y luego desistió con un suspiro.

—Será mejor que bajes —dijo—. Tendremos que seguir a pie.

—¿A pie por esta cueva oscura y terrorífica? ¡Ni hablar, Marty!

Se acercó a mi lado del vagón.

—No estás asustada, ¿verdad, Erin?

—Sí que lo estoy —confesé—. Un poco. —Eché un vistazo a la inmensa caverna—. No veo ninguna salida. Tendremos que volver a pasar por esas galerías entre las arañas y los gusanos.

—Podemos encontrar una salida —insistió Marty—. Tiene que haber una puerta en algún sitio. Siempre construyen salidas de emergencia en los circuitos de parques temáticos.

—Creo que deberíamos quedarnos en el tren —dije no demasiado segura—. Si nos quedamos aquí y esperamos, alguien nos encontrará.

—Podrían tardar días —afirmó Marty—. Venga, Erin... Yo voy a pie. ¿Vienes?

Negué con la cabeza y me crucé de brazos.

—¡Ni lo sueñes! —insistí—. Me quedo.

Sabía que no se iría solo. Sabía que no se iría si yo no lo acompañaba.

—Bueno. Adiós entonces —dijo. Se volvió y empezó a andar por

el suelo de la cueva.

—¡Eh! ¿Marty...?

—Adiós. No voy a quedarme todo el día esperando. Hasta luego.

Se iba de veras. Iba a dejarme sola en el tren atascado, en aquella cueva terrorífica.

—¡Espera, Marty!

Se volvió hacia mí.

—¿Vienes o no, Erin? —respondió con impaciencia.

—Está bien, está bien —murmuré. Vi que no tenía elección. Me encaramé al flanco del vagón y salté al suelo de la cueva.

La tierra era suave y húmeda. Empecé a caminar despacio hacia Marty.

—Date prisa —me gritó—. Salgamos de aquí. —Ahora andaba de espaldas, haciéndome gestos para que lo alcanzara.

Pero me detuve, y el horror me dejó petrificada.

—¡No me mires así! —gritó—. ¡No me mires como si estuviera haciendo algo malo!

Pero yo no miraba a Marty.

Miraba la cosa que se le acercaba por la espalda.

12

Intentaba avisar a Marty, pero de mi garganta sólo salían gruñidos de terror.

Él seguía andando de espaldas, directamente hacia la enorme criatura.

—¡Erin, muévete! ¿Qué te pasa?

—¡A-ahí! —Por fin conseguí señalar con el dedo.

Marty se volvió de golpe y también la vio.

—¡Guau! —gritó. Sus zapatillas rechinaron en el resbaladizo suelo de la cueva cuando echó a correr hacia mí—. ¿Qué es eso?

Al principio creí que se trataba de alguna máquina. Se parecía a una de esas grúas metálicas y plateadas que se ven en las obras de construcción.

Pero al erguirse sobre sus patas traseras, tan delgadas que parecían de alambre, vi que aquella cosa estaba viva.

Tenía unos ojos negros y redondos, grandes como bolas de billar, que giraban furiosamente en su descarnado cráneo plateado. Dos esbeltas antenas se agitaban sobre su cabeza. Su boca parecía blanda y carnosa. La lengua gris le salía disparada entre los largos y erizados bigotes.

Su cuerpo alargado tenía forma de hoja doblada por la mitad. Al erguirse, agitó las patas delanteras, cortas y de color blanco.

En conjunto, la asquerosa criatura parecía una especie de figura construida de palitos. Flexionaba las largas patas traseras y saltaba; las flexionaba de nuevo y volvía a saltar. Movía su gruesa lengua de un lado al otro. Sus ojos negros dejaron de girar y se fijaron en mí.

—¿Es-es un saltamontes? —dije con un hilillo de voz.

Marty y yo habíamos retrocedido hacia el tren.

La criatura dio un salto hacia nosotros, agitando sus escuálidos brazos y dibujando círculos con las antenas.

Marty y yo pegamos la espalda a la fría pared de la cueva. Ya no podíamos retroceder más.

—Creo que es una mantis religiosa —respondió Marty sin dejar de mirarla. El insecto era tres veces más alto que nosotros. Al avanzar, casi rozaba el techo de la cueva con la cabeza.

Se lamía con la lengua su boca suave y carnosa. Luego fruncía y aspiraba ruidosamente por la boca. Era un ruido tan desagradable que se me revolvió el estómago.

Clavó sus negros ojos redondos en Marty y en mí. La mantis religiosa gigante, con su cuerpo de brillo metálico, dio otro salto hacia nosotros y empezó a bajar la cabeza. .

—¿Qué-qué va a hacer? —tartamudeé, apretándome contra la pared de la cueva.

Marty se echó a reír de pronto.

Me volví hacia él y lo agarré del hombro. ¿Estaba perdiendo el juicio?

—Marty, ¿te encuentras bien?

—¡Claro! —respondió. Se apartó de mí y dio un paso hacia el colosal insecto—. ¿Por qué vamos a tenerle miedo, Erin? Es un robot muy grande. Está programado para acercarse al tren.

—Eh, pero...

—Todo está informatizado —prosiguió, alzando la vista cuando el insecto flexionó su cuerpo escuálido para bajar su cabezota—. No es de verdad. Es parte del circuito.

Miré a la criatura. Grandes gotas de saliva se escurrían de su carnosa lengua y se estrellaban contra el suelo de la cueva. Plof.

—Parece... parece que esté viva —murmuré.

—¡Tu padre es un genio! —declaró Marty—. Tenemos que decirle que la mantis religiosa le ha salido fenomenal. —Se echó a reír—. Tu padre dijo que a lo mejor algún «bichito» nos daba una buena sorpresa, ¿te acuerdas? ¡Debía de referirse a las mantis!

El insecto se frotó las patas delanteras y silbó con estridencia.

Me tapé los oídos. ¡Aquel sonido tan penetrante me hacía daño!

De pronto una segunda mantis gigante saltó desde una roca altísima.

—¡Mira, otra! —gritó Marty señalándola y tirándome del brazo—. ¡Guau! Se mueven con tanta armonía que no parecen máquinas.

Los dos insectos plateados intercambiaron estridentes chirridos. Sus ojos negros daban vertiginosas vueltas. Sus antenas giraban rápidamente, presa de la excitación.

Babas de saliva les resbalaban por la lengua y se estrellaban contra el suelo. La segunda mantis desplegó unas alas plateadas, y enseguida volvió a cerrarlas.

—¡Qué robots tan impresionantes! —exclamó Marty. Se volvió hacia mí—. Será mejor que regresemos al tren. Seguramente, volverá a ponerse en marcha, ahora que hemos visto a estos bichos gigantes.

Los dos insectos seguían comunicándose. Dieron otro salto hacia nosotros, impulsándose con sus delgadas patas, rebotando en el liso suelo de la cueva.

—Espero que tengas razón —le dije a Marty—.

Esos insectos son demasiado reales. ¡Quiero salir de aquí!

Empecé a seguirlo hacia el vagón.

La primera mantis dio un vertiginoso salto, aterrizando entre nosotros y la vagoneta e interponiéndose en nuestro camino.

—¡Eh! —grité.

Intentamos sortearla, pero dio un gran salto para ponerse frente a nosotros.

—No-no quiere dejarnos pasar —tartamudeé—. ¡Ohhh! —grité cuando la enorme criatura se agachó de repente y me dio un cabezazo en el pecho que me tiró de espaldas.

—¡Eh, basta ya! —gritó Marty—. ¡Esta máquina debe de estar estropeada!

Con ojos fulgurantes, la mantis volvió a bajar la cabeza y me dio otro fuerte empujón hacia el centro de la cueva.

Su compañera se apresuró a capturar a Marty. Se agachó y fue a darle un cabezazo, pero Marty se echó atrás con rapidez, alzando las manos para protegerse.

Luego vino corriendo hacia mí.

Oí unos añarazos y chirridos estridentes.

Me volví de golpe para descubrir dos mantis más, horribles e inmensas, que salían de entre las rocas.

Luego dos más, retorciendo excitadas las antenas y relamiéndose con sus carnosas lenguas grises.

Marty y yo nos apretujamos uno contra otro en el centro de la caverna mientras las criaturas saltaban y nos rodeaban. Luego se irguieron sobre las patas traseras, echando fuego por los ojos y agitando sus cortos brazos de alambre.

—¡Es-estamos rodeados! —grité.

13

De repente todos los insectos gigantes se pusieron a chillar, frotándose las patas delanteras con excitación. Sus penetrantes silbidos se propagaron por la cueva, reverberando en las paredes de piedra.

Se fueron acercando, apoyándose en sus espinosas patas traseras, hasta formar un círculo a nuestro alrededor. Sacaban las lenguas como látigos y sus espesas babas de saliva se estrellaban contra el suelo.

—¡Están descontroladas! —exclamó Marty.

—¿Qué van a hacernos? —grité, tapándome los oídos para no oír sus ensordecedores chillidos y silbidos.

—Tal vez obedezcan a la voz humana —gritó Marty. Echó la cabeza hacia atrás y les gritó— ¡Alto! ¡Alto!

No se detuvieron.

Una de ellasladeó su cabeza plateada, abrió su horrenda boca de par en par y escupió unas babas negras que fueron a estrellarse contra una de las zapatillas de Marty.

Intentó apartarse de un salto, pero la zapatilla se le quedó pegada al suelo. Por fin consiguió despegarla con esfuerzo.

—¡Pua! ¡Cuidado! ¡Esa cosa negra es como pegamento! —gritó. ZUUUUP.

Otra mantis abrió la boca de par en par y escupió viscosas babas negras, manchándose el hombro de la camiseta.

—¡Ay! —gemí. Quemaba... Me quemaba a través de la camiseta.

Las demás mantis chillaban con estridencia y frotaban sus

espinosos brazos de alambre. Entonces sacaron las lenguas como látigos y empezaron a bajar la cabeza hacia nosotros.

—¡Los lanzarrayos paralizadores! —grité, agarrando a Marty del brazo—. ¡A lo mejor las pistolas funcionan contra estos bichos!

—Pero si son de juguete... —gimoteó él.

ZUUUP.

Otra baba negra cayó a milímetros del pie de Marty.

—Además están en el vagón —prosiguió Marty sin apartar la vista de las horrendas criaturas—. Está claro que no tienen ninguna intención de dejar que nos acerquemos.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —grité.

Al hacer la pregunta, se me ocurrió una idea.

—Marty —susurré—. ¿Cómo acabas normalmente con los bichos?

—¿Se puede saber de qué me estás hablando, Erin?

—De un pisotón. ¿No es eso lo que se hace normalmente?

—Pero Erin... —protestó—. ¡Con lo grandes que son, tendremos suerte si no son ellas las que nos pisotean!

—¡Vale la pena intentarlo! —grité.

Levanté el pie y pisé con todas mis fuerzas el pie de la mantis más próxima.

El insecto gigante silbó con estridencia y retrocedió de un salto.

Junto a mí, Marty pisó a otro insecto, machacando su espinoso pie con el talón de la zapatilla. La criatura cayó de espaldas, alzando la cabeza para soltar un penetrante silbido de dolor. Empezó a girar frenéticamente los ojos. Las antenas se le quedaron tiesas.

Volví a dar otro pisotón. La gran mantis soltó un ronco alarido y cayó de lado, agitando las cuatro patas de alambre en el aire.

—¡Vámonos! —grité.

Me volví, lanzándome contra el círculo de insectos. No sabía en qué dirección correr. Sólo sabía que tenía que huir.

La cueva estalló en bufidos y estridentes silbidos, en chirridos y gruñidos de enojo. Por el rabillo del ojo vi a Marty precipitándose detrás de mí.

No hice caso de aquel estruendo metálico y me eché a correr.

Corrí hacia el tren.

Me asomé al interior del vagón y cogí los dos lanzarrayos paralizadores.

Luego me alejé del tren y corrí pegada a la pared de la cueva.

¿Adónde podía ir?

¿Cómo iba a escapar?

Los gruñidos y bufidos se hicieron más fuertes, más frenéticos. Las altas sombras de los insectos gigantes danzaban en la pared mientras yo corría. Tenía la sensación de que las sombras iban a alargar las patas y atraparme.

Miré atrás.

Marty me seguía corriendo a toda velocidad.

Las mantis saltaban, se revolvían, nos perseguían con movimientos torpes.

¿Adónde había que ir?

¿Adónde?

Y entonces vi la estrecha abertura en la pared de la cueva. Apenas una grieta.

Pero me metí de un salto. Me deslicé por ella.

Me embutí en el oscuro agujero abierto en la piedra.

Y salí al otro lado. A la brumosa luz del día.

¡Al exterior!

Vi árboles colina abajo. La carretera que llevaba a los edificios de los estudios.

¡Sí! ¡Había salido! ¡Lo había conseguido!

Me sentía contentísima. A salvo.

Pero no pude disfrutar mucho rato de aquella sensación.

Cuando empezaba a recuperar el aliento, oí los desgarrados alaridos de Marty.

—¡Erin...! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me han atrapado! ¡Me están devorando!

14

Me di la vuelta con brusquedad, sofocando un grito.

¿Cómo podía ayudar a Marty? ¿Cómo podía sacarlo de la cueva?

Para mi sorpresa, estaba apoyado en la pared de la cueva, con las piernas entrecruzadas. Una ancha sonrisa se dibujaba en su cara redonda.

—Inocente —dijo.

—¡AAAAAAAYYYYYY! —grité enojada. Luego tiré las dos pistolas de plástico al suelo y arremetí contra él, dispuesta a machacarlo a puñetazos—. ¡Idiota! ¡Me has dado un susto de muerte!

Se echó a reír y se hizo a un lado para esquivar mi ataque.

—¡No me vuelvas a gastar más bromas estúpidas como ésa! —grité sin aliento—. ¡Este sitio es demasiado espeluznante! Esos bichos son tan grandes...

—Sí, sí que daban miedo —admitió, dejando de sonreír—. ¡Eran tan reales! ¿Cómo crees que han conseguido que escupan de esa forma?

Negué con la cabeza.

—No sé —murmuré.

Sentía un peso en el estómago. Sabía que era una idea descabellada, pero estaba empezando a creer que las criaturas que acabábamos de ver eran reales.

A lo mejor he visto demasiadas películas de miedo.

Pero daba la impresión de que las enormes mantis religiosas y los gusanos blancos, y todas las demás criaturas y monstruos

estaban vivos de verdad.

No se movían como seres mecánicos. Parecía que respiraran. Y sus ojos se clavaban en Marty y en mí como si realmente nos vieran.

Quería explicarle a Marty lo que pensaba, pero sabía que lo único que iba a conseguir era que se burlara de mí.

Estaba segurísimo de que todos los monstruos eran robots y que nosotros estábamos presenciando una serie de efectos especiales alucinantes. Eso era lo más lógico, desde luego. Al fin y al cabo, estábamos haciendo un circuito por unos estudios de cine.

Esperaba que Marty estuviera en lo cierto. Esperaba que todo fueran trucos. La magia del cine.

Mi padre era un genio diseñando criaturas mecánicas y construyendo circuitos por parques temáticos. Y tal vez sólo estábamos viendo eso. Quizás esta vez papá se había superado a sí mismo.

Pero el peso en el estómago persistía. Tenía la sensación de que coríamos peligro. Peligro real.

Tenía la sensación de que algo no funcionaba, de que algo se había descontrolado.

De repente deseé que no fuéramos los dos primeros niños en probar el circuito. En teoría era muy emocionante estar allí, pero había demasiado silencio. Todo estaba demasiado vacío. Daba demasiado miedo.

Quería explicarle todo aquello a Marty, pero no sabía cómo hacerlo.

Tenía tantas ganas de demostrar que era más valiente que yo, que no le tenía miedo a nada...

No podía decirle lo que realmente pensaba.

Recogí las dos pistolas del suelo y le di una. No quería llevar yo las dos. Metió el cañón de su pistola en el bolsillo de los téjanos.

—Erin, ¿has visto dónde estamos? —me gritó. Pasó a mi lado corriendo, mirando al frente—. ¡Fíjate!

Empezó a correr por la hierba. Me volví y le seguí los pasos. No quería que se adelantara demasiado.

El sol había desaparecido tras un espeso banco de nubes. Jirones de niebla gris flotaban a poca altura en el aire fresco. Pronto empezaría anochecer.

Atravesamos la calle y entramos en una ciudad. Mejor dicho, el decorado de una ciudad. Una ciudad pequeña con casas bajas de uno o dos pisos, pequeñas tiendas, un almacén general de aspecto rústico. Casas grandes y viejas en la manzana que se extendía detrás de las tiendas.

—¿Crees que este decorado lo utilizan realmente para rodar películas? —pregunté, apresurándome para alcanzar a Marty.

Me miró; sus ojos centelleaban de emoción.

—¿No la reconoces? —preguntó—. ¿No sabes dónde estamos?

Y entonces mis ojos se posaron en la vieja mansión semiderruida, casi oculta tras los árboles retorcidos. Y más allá vi la tortuosa cerca de madera que rodeaba el viejo cementerio.

Y entonces me di cuenta de que nos hallábamos en la calle del Miedo.

—¡Guau! —exclamé, girando sobre mí misma, intentando absorberlo todo de una sola vez—. ¡Esta es la verdadera calle del Miedo! ¡Aquí es donde se han rodado todas las películas!

—No es como me la imaginaba —dijo Marty—. ¡Es todavía más espeluznante!

Tenía razón. A medida que iba anocheciendo, unas sombras alargadas se fueron proyectando en las casas vacías. El viento gemía al doblar por una esquina.

Marty y yo empezamos a andar, intentando verlo todo. Cruzábamos continuamente de un lado al otro de la calle, mirábamos en el interior de un escaparate a oscuras y cubierto de polvo, y luego corríamos a examinar el patio de una vieja y decrepita mansión.

—Fíjate en ese solar vacío —dije señalándolo—. Por ahí solía rondar el Descuartizador Chiflado en *Pánico III*. ¿Te acuerdas? Descuartizaba a todos los que pasaban por ahí.

—Claro que me acuerdo.

Marty entró en el solar vacío. El viento quejumbroso doblegaba a su paso los altos hierbajos. Unas sombras se proyectaban en la cerca de la parte de atrás.

Me quedé en la acera y agucé la vista, intentando averiguar qué producía las sombras.

¿Seguía el Descuartizador Chiflado acechando entre la hierba?

El solar estaba totalmente desierto. Entonces, ¿cómo podían proyectarse en la cerca altas sombras en movimiento?

—Marty... vuelve aquí —supliqué—. Se está haciendo de noche. Se dio la vuelta.

—Estás asustada, ¿eh?

—No es más que un solar vacío, Marty —le dije—. Sigamos adelante.

—La gente siempre pensaba que no era más que un solar vacío —respondió Marty en tono grave y aterrador—. Hasta que el Descuartizador Chiflado se abalanzaba sobre ellos y los hacía pedazos. —Soltó una risotada malévola.

—Marty... has perdido un tornillo —murmuré, meneando la cabeza.

Salió corriendo del solar y atravesamos la calle.

—Ojalá tuviera una cámara fotográfica —dijo—. Me encantaría tener una foto mía en el solar del Descuartizador Chiflado. —Se le encendieron los ojos—. O mejor aún una...

No terminó la frase. Se echó a correr a toda velocidad.

—¡Eh! ¡Espérame! —grité.

Unos segundos después vi que se dirigía al viejo cementerio.

Se acercó corriendo a la puerta agrietada y desconchada y me miró.

—O mejor aún una foto mía en el cementerio. El mismo escenario donde rodaron *El cementerio de la calle del Miedo*.

—¡No tenemos cámara de fotos! —le grité desde la calle—. ¡Sal de ahí!

Empezó a abrir la puerta sin hacerme caso. La parte inferior se había atrancado en la hierba. Marty tiraba con fuerza. Al fin la puerta empezó a abrirse, crujiendo y chirriando al moverse.

—Marty... vámonos —insistí—. Se está haciendo tarde. Papá nos estará esperando. Seguramente pensará que nos ha pasado algo.

—¡Pero esto forma parte del circuito! —insistió él. Abrió un poco la puerta para colarse en el cementerio.

—¡Marty...! ¡Por favor! ¡No entres! —supliqué. Corrí a su lado.

—Erin, sólo es un decorado cinematográfico —respondió—. ¡Antes no eras tan gallina!

—Es que-es que tengo un mal presentimiento —tartamudeé—.

Un presentimiento malísimo.

—Forma parte del circuito —repitió.

—¡Pero esta puerta estaba cerrada! —grité—. ¡Estaba cerrada para que la gente no pase! —Alcé los ojos y contemplé el cementerio. Vi las viejas tumbas, que sobresalían del suelo como una hilera de dientes torcidos—. Tengo un mal presentimiento...

Marty no me hizo caso. Abrió un poco más la puerta y entró en el cementerio.

—¡Marty...! ¡Por favor...! —Me agarré con fuerza a la cerca y lo seguí con la mirada.

Dio tres pasos hacia las viejas tumbas. Luego braceó en el aire... y desapareció de mi vista.

15

Clavé los ojos en la oscuridad, parpadeando sin parar.

Tragué saliva. Una. Dos veces.

No podía creer que hubiera desaparecido, que se hubiera esfumado tan deprisa.

El viento gemía entre las tumbas agrietadas y semidesenterradas.

—¿Marty...? —Me salió la voz como un suspiro ahogado—. ¿Marty?

Me agarraba a la cerca de madera con tanta fuerza que las manos me dolían. Sabía que no tenía elección. Tenía que entrar y ver qué le había sucedido.

Respiré hondo y me colé por la puerta. El suelo era muy blando. Mis zapatillas se hundían en la alta hierba.

Di un paso.

Luego otro.

Me detuve cuando oí la voz de Marty.

—Eh, ten cuidado.

Miré a mi alrededor.

—¿Dónde estás?

—Aquí abajo.

Me asomé a la boca de un profundo y tenebroso agujero. Una tumba abierta. Marty me miraba desde abajo. Tenía tierra en las mejillas y en el pecho de la camiseta. Alzó las dos manos.

—¡Ayúdame a salir! ¡Me he caído!

No pude contener la risa. Estaba ridículo, metido en aquel

agujero, lleno de tierra.

—No tiene gracia. Ayúdame a salir —repitió con impaciencia.

—Te había avisado —dije—. Tenía un mal presentimiento.

—Aquí abajo huele mal —se quejó Marty.

Me volví a asomar a la boca del agujero.

—¿A qué huele?

—A tierra. ¡Sácame de aquí!

—Está bien, está bien. —Lo cogí de las manos y tiré. Él se impulsó con los pies, clavando las punteras de las zapatillas en la tierra blanda.

Unos segundos más tarde volvía a estar en la superficie, sacudiéndose frenéticamente la tierra.

—¡Ha sido tope! —exclamó—. Ahora puedo decirle a la gente que he estado en una tumba del cementerio de la calle del Miedo.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando el viento sopló con más fuerza.

—Salgamos de aquí —supliqué.

Había algo gris suspendido silenciosamente entre dos viejas lápidas. ¿Un jirón de niebla? ¿Un gato gris?

—Fíjate en esas tumbas —dijo Marty, sacudiéndose todavía la tierra de los téjanos—. Están borradas y llenas de grietas. Casi no puedo leer las inscripciones. Es tope. Y mira las telarañas que hay entre una lápida y la siguiente. Espeluznante, ¿eh?

—Marty... ¿nos vamos? —volví a suplicarle yo—. Seguramente papá estará preocupado. A lo mejor el tren ha vuelto a ponerse en marcha. A lo mejor podemos encontrarlo.

No me hizo caso. Lo vi inclinarse sobre una lápida para leer las palabras grabadas en ella.

—Dolores Fuertes —leyó—. Mil ochocientos cuarenta, mil ochocientos ochenta y siete. —Se echó a reír—. Dolores Fuertes, ¿lo pillas? Y mira las lápidas contiguas. Luz Divina. Armando Murga. ¡Qué agradecidos!

Me eché a reír. Dolores Fuertes y Armando Murga tenían bastante gracia.

Se me heló la sonrisa al oír un grito agudo detrás de la lápida. Vi otro hilo de humo gris que se escondía tras una lápida.

Contuve la respiración y agucé el oído. El viento silbaba

azotando la alta hierba.

El viento trajo otro estridente chillido.

«¿Un gato? —me pregunté—. ¿Está el cementerio plagado de gatos? ¿Será un niño?»

Marty también lo oyó. Avanzó a lo largo de la hilera de piedras hasta ponerse a mi lado. Sus ojos oscuros brillaban de excitación.

—¡Esto es una pasada! ¿Has oído los efectos de sonido? Debe de haber un altavoz enterrado en el suelo.

Otro estridente chillido.

Humano, sin lugar a dudas. ¿Una niña?

Me estremecí.

—Marty, en serio, creo que deberíamos volver con papá. Llevamos aquí toda la tarde...

—¿Y qué pasa con lo que falta del circuito? —argumentó—. ¡Tenemos que verlo todo!

Oí otro grito, más alto, más cerca. Un grito de terror.

Intenté ignorarlo. Probablemente Marty tenía razón. Los gritos tenían que proceder de algún altavoz enterrado en alguna parte.

—¿Cómo vamos a terminar el circuito? —inquirí—. Nos dijeron que no nos bajáramos del tren, ¿recuerdas? Pero el tren... ¡OHH!

Lancé un chillido cuando una mano surgió del suelo frente a nosotros. Una mano verde, abriendo sus largos dedos como si quisiera atraparnos.

—¡Guau! —gritó Marty, alejándose con torpeza.

Otra mano verde surgió del suelo.

Luego dos más.

Manos que salían de las tumbas.

Ahogué un grito de terror. Las manos surgían entre la hierba. Manos por todas partes. Retorciendo y arqueando los dedos, cerrándose en el aire.

Marty empezó a reírse.

—¡Esto es superalucinante! Igualito que en la película.

Dejó de reírse cuando una mano surgió detrás de él y le agarró el tobillo.

—¡Socorro, Erin! —gritó.

Pero yo no podía ayudarle.

Dos manos verdes me habían cogido los tobillos y me

arrastraban, me arrastraban al interior de la tumba.

16

—Veeeeeeeeen —gemía una voz sofocada—. Veeeeeeeeen con nosotros.

—¡Nooooo! —aullé.

Braceé en el aire. Intenté mover los pies, pero las manos me agarraban con firmeza.

Agitaba frenéticamente el cuerpo y lo balanceaba adelante y atrás mientras luchaba por mantener el equilibrio.

Si lo perdía, sabía que me cogerían también las manos y tirarían de mí hasta hundirme de bruces en la tierra.

—Veeeeeeeeen. Veeeeeeeeen con nosotros.

«Esto no es ninguna broma —pensé—. Estas manos son de verdad. Están intentando hundirme en la tierra.»

—¡Socorro! ¡Oh, socorro! —oí el grito de Marty. Luego lo vi caer de rodillas en la hierba.

Dos manos le agarraron los tobillos. Otras dos manos verdes surgieron del suelo para agarrarle las muñecas.

—Veeeeeeeeen. Veeeeeeeeen con nosotros —gemía la triste voz.

—¡Nooo! —aullé, tirando con todas mis fuerzas, desesperadamente.

Por fin conseguí liberarme.

Uno de mis pies se hundió en la blanda hierba. Miré al suelo. Había perdido la zapatilla pero tenía el pie libre.

Di un grito de alegría y me saqué la otra zapatilla.

Ahora era libre. ¡Libre!

Después, respirando con dificultad me quité los calcetines. Sabía

que sería más sencillo correr descalza. Tiré los calcetines. Luego fui corriendo a ayudar a Marty.

Estaba de bruces en el suelo. Seis manos lo agarraban y tiraban con fuerza de él. Marty agitaba y retorció todo el cuerpo.

Alzó la cabeza al verme.

—¡Erin! ¡Ayúdame! —dijo con voz entrecortada.

Me puse de rodillas y le quité las zapatillas de un tirón.

Las manos verdes siguieron agarradas a las zapatillas. Marty liberó sus pies e intentó ponerse de rodillas.

Cogí una mano verde y la desprendí de su muñeca. La mano me pegó un manotazo frío y fuerte que me produjo un intenso dolor.

Agarré otra de las manos verdes.

Marty se liberó y rodó por el suelo. Se puso en pie de un salto, jadeando, temblando, con la mandíbula desencajada, los ojos oscuros fuera de las órbitas.

—¡Los calcetines...! —grité sin aliento—. ¡Quítatelos! ¡Deprisa!

Se los quitó torpemente.

Las manos daban fieros manotazos para atraparnos. Docenas de manos que surgían del suelo. Docenas de manos que salían de la alta hierba para capturarnos.

—Veeeeeeeen. Veeeeeeeen con nosotros —gimió la voz.

—Veeeeeeeen. Veeeeeeeen —invocó otra docena de voces amortiguadas desde el subsuelo.

Marty y yo nos quedamos paralizados. Tuve la impresión de que las tristes voces amortiguadas me estaban hipnotizando. De repente, sentí que las piernas me pesaban un quintal.

—Veeeeeeeen. Veeeeeeeen.

Y entonces vi surgir una cabeza verde de la tierra. Y luego otra cabeza. Otra. Cabezas verdes y calvas con las cuencas de los ojos vacías y las desdentadas bocas abiertas.

Vi hombros, luego brazos. Vi surgir más cabezas, y luego cuerpos de un verde intenso.

—Ma-Marty —dije con un hilillo de voz—. ¡Nos persiguen!

17

Los gruñidos y bufidos resonaban por todo el cementerio a medida que las horrendas figuras verdes iban surgiendo del suelo.

Miré por última vez sus ropas rotas y deshilachadas, las cuencas ennegrecidas de sus ojos, las muecas de sus bocas desdentadas.

Y luego eché a correr.

Marty y yo corrimos sin decir una palabra. Hombro con hombro, atravesamos como un rayo la alta hierba entre las hileras de lápidas semidesenterradas.

Tenía el corazón desbocado. Me latían las sienes. Mis pies descalzos se hundían en la tierra fresca, resbalaban en la hierba húmeda.

Marty fue el primero en llegar a la puerta de madera. Corría tan deprisa que se estampó contra la cerca. Dio un grito. Luego se coló por la puerta para salir a la calle del Miedo.

Yo oía los gemidos, los gruñidos y las espeluznantes llamadas de los asquerosos seres de color verde que me pisaban los talones. Pero no volví la vista atrás. Me abalancé hacia la puerta. Me colé por la abertura. Luego la cerré de un empujón.

Me detuve en la calle para recuperar el aliento y apoyé las manos en las rodillas. Me dolía el costado. Respiraba el aire a grandes bocanadas.

—¡No te pares! —gritó frenéticamente Marty—. ¡Sigue corriendo, Erin!

Respiré hondo y lo seguí por el centro de la calle. Nuestros pies descalzos restallaban en el asfalto.

Aún oía los gemidos y las voces a nuestras espaldas, pero estaba demasiado asustada para volver la vista atrás.

—Marty... ¿dónde está todo el mundo? —dije sin aliento.

La calle del Miedo estaba vacía, las casas y las tiendas a oscuras.

«¿No tendría que haber alguien por aquí? —me pregunté—. Son unos estudios importantes. ¿Dónde está la gente que trabaja aquí? ¿Dónde está la gente que supervisa el circuito por los estudios? ¿Por qué no hay nadie que pueda ayudarnos?»

—¡Ha pasado algo! —dijo Marty con voz entrecortada mientras corría a toda velocidad. Pasamos junto a la tienda de artículos de miedo y junto al almacén de material eléctrico—. ¡Me parece que los robots se han descontrolado!

Por fin Marty opinaba lo mismo que yo. Por fin opinaba que algo muy grave estaba pasando.

—¡Tenemos que encontrar a tu padre! —dijo Marty, atravesando la calle a toda velocidad hacia la siguiente manzana de edificios a oscuras—. Tenemos que decirle que hay problemas.

—¡Tenemos que encontrar el tren! —grité yo, esforzándome por no quedarme rezagada—. ¡Ay!

Pisé algo duro, tal vez una piedra. Sentí un latigazo de dolor en toda la pierna pero seguí corriendo.

—¡Si podemos subirnos otra vez al tren, nos llevará hasta papá! —grité.

—Tiene que haber una forma de salir de la calle del Miedo —dijo Marty—. No es más que un decorado de cine.

Pasamos corriendo junto a una mansión muy alta con dos torreones. Parecía un malévolo castillo. No recordaba haberla visto en ninguna película de la calle del Miedo.

Más allá de la mansión, se extendía un amplio solar vacío. Al final del solar había un muro bajo de ladrillo, sólo medio metro más alto que Marty y yo.

—¡Acorta por aquí! —le dije a Marty—. Si conseguimos subirnos a ese muro, posiblemente veremos la carretera del estudio.

Era una simple suposición, pero merecía la pena intentarlo.

Nos internamos en el solar vacío.

Mis pies descalzos se hundieron en la tierra blanda.

La tierra estaba fría y húmeda. A medida que atravesábamos el

campo, levantábamos con los pies grandes trozos de barro.

Corrí con más fuerza cuando el barro se fue ablandando.

Mis pies descalzos se hundían cada vez más. A medida que avanzaba, el frío barro fue cubriéndome hasta los tobillos.

Cuando ya casi habíamos alcanzado el muro de ladrillo, caímos en la ciénaga.

—¡Aaaayyyy! —gritamos a dúo cuando la tierra cedió bajo nuestros pies.

El barro nos engulló con un repugnante plop.

Alcé las manos, intentando cogerme a algo, pero no había nada a lo que agarrarse.

El barro burbujeó a mi alrededor, cubriéndome los tobillos, las piernas, las rodillas.

«Me está engullendo», pensé.

Intenté volver a gritar, pero el pánico me había dejado sin habla.

Vi a Marty de soslayo, agitando ferozmente los brazos. Se retorció y se revolvía al hundirse. El barro le llegó a la cintura... y siguió hundiéndose con rapidez.

Pateé con todas mis fuerzas. Intenté levantar las rodillas.

Pero estaba atrapada. Atrapada y hundiéndome en aquel cieno oscuro y húmedo.

Mis brazos cubiertos de barro chapotearon en la superficie.

Seguí hundiéndome sin remedio.

El barro burbujeó alrededor de mi cuello. Y yo seguí hundiéndome cada vez más.

18

Contuve la respiración. El barro me cubrió hasta la barbilla.

«Dentro de un segundo me habrá cubierto toda la cabeza», pensé.

Se me escapó un sollozo.

El barro siguió cubriéndome. Por encima de la barbilla. Me puse a escupir cuando me llegó a la boca.

Y entonces noté que algo me agarraba del brazo. Unas poderosas manos que surcaban el barro se deslizaron bajo mis brazos.

Me agarraron con más fuerza.

Sentí que alguien tiraba de mí, alguien muy fuerte.

El barro hizo sonoros plops cuando me sacaron. Noté el barro resbalándome por el pecho, las piernas, las rodillas.

Y luego me encontré de pie en la superficie, cogida aún por las dos poderosas manos.

—¡Marty...! —grité, sintiendo el gusto áspero del barro en mis labios—. ¿Estás...?

—¡Estoy fuera! —oí su ronca respuesta—. ¡Estoy bien, Erin!

Las fuertes manos dejaron por fin de cogerme. Me temblaban las piernas. Me tambaleé, pero mantuve el equilibrio.

Me volví para ver a mi salvador.

Y me encontré con los fulgurantes ojos rojos de un lobo.

Un ser humano con cara de lobo. Manos como zarpas cubiertas de pelo negro. Un largo hocico marrón que sonreía enseñando los colmillos. Puntiagudas orejas erguidas sobre un espeso mechón de negro pelo de lobo.

Era una hembra. Llevaba un traje de gato plateado, brillante y muy ceñido.

Cuando la miré consternada, su boca abierta soltó un gruñido gutural.

La reconocí enseguida. ¡La Chica Lobo!

Me volví para ver a su compañero, el Chico Lobo. Había sacado a Marty del agujero de barro. Marty tenía el cuerpo entero rebozado de barro. Intentó limpiarse la cara, pero sólo consiguió ensuciarse las mejillas con más barro.

—¡Nos... nos habéis salvado! ¡Gracias! —grité, recuperando por fin el habla.

Los chicos lobo contestaron con roncós gruñidos.

—He-hemos perdido el tren —expliqué a la Chica Lobo—. Tenemos que volver. Tenemos que volver al principio del circuito.

Gruñó ruidosamente. Luego cerró las mandíbulas con un chasquido.

—Por favor... —supliqué—. ¿Puedes ayudarnos a regresar al tren, o guiarnos hasta el edificio principal? Papá nos está esperando allí.

Los ojos de la Chica Lobo centellearon. Volvió a gruñir.

—¡Sabemos que sois actores y nada más! —soltó Marty con estridencia—. Pero no queremos pasar más miedo. Por hoy ya hemos pasado bastante.

Gruñeron de nuevo. Un largo hilo de saliva rezumó por los labios negros del Chico Lobo.

Algo estalló en mi interior. Perdí totalmente el control.

—¡Basta ya! —chillé—. ¡Basta de una vez! ¡Marty tiene razón! Ahora no queremos pasar miedo. Así que basta de actuaciones... y, ¡ayudadnos!

Volviéron a gruñir. La Chica Lobo cerró las mandíbulas.

Sacó una larga lengua rosa y se relamió los colmillos con avidez.

—¡Ya estoy harta! —aullé—. ¡Dejad de actuar! ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Estaba tan enfadada, tan furiosa, que alcé las manos. Agarré el pelo a ambos lados de la careta que llevaba puesta la Chica Lobo y tiré de ella con todas mis fuerzas, con todas las fuerzas de que fui capaz.

Y palpé pelo de verdad.

Y el calor de la piel.

No era una careta.

—¡Ohhh! —exclamé con voz entrecortada, retirando rápidamente las manos.

Los ojos de los chicos lobo centellearon. Abrieron sus negras bocas y una vez más se lamieron ávidamente con la lengua los puntiagudos colmillos amarillos.

El cuerpo entero me temblaba cuando retrocedí de espaldas hacia el muro de ladrillo.

—Ma-Marty —tartamudeé—. No están actuando.

Marty estaba muy tieso frente al Chico Lobo, con los ojos oscuros abiertos como platos en su cara rebozada de barro.

—No son actores —susurré—. Aquí pasa algo raro. Algo muy raro.

A Marty se le desencajó la mandíbula. Dio un paso atrás.

Los dos chicos lobo gruñeron roncamente y bajaron la cabeza, como si se dispusieran a atacar.

—¿Me crees? —grité—. ¿Por fin me crees?

Marty asintió. No dijo nada. Creo que estaba demasiado asustado para hablar.

La saliva salía a raudales por las bocas de aquellas criaturas. Los ojos les brillaban como el fuego en la oscuridad. Sus pechos peludos empezaron a jadear. Su respiración se hizo más ruidosa y ronca.

Me apreté contra la pared cuando alzaron la cabeza y lanzaron largos y espeluznantes aullidos.

¿Qué iban a hacernos?

Agarré a Marty y lo acerqué al muro.

—¡Arriba! —grité—. ¡Sube! ¡A lo mejor no pueden alcanzarnos si nos subimos!

Marty dio un salto y estiró los brazos. Tocó con las manos el borde del muro pero resbaló. Volvió a intentarlo. Saltó para agarrarse a lo alto del muro pero resbaló de nuevo.

—¡No puedo! —aulló—. ¡Está demasiado alto!

—¡Tenemos que hacerlo! —chillé.

Me volví. Los dos chicos lobo se apoyaron en sus patas traseras y saltaron hacia nosotros, gruñendo.

La saliva rezumaba por sus afilados colmillos.

—¡Arriba!

Cuando Marty volvió a saltar, me agaché y le cogí el pie lleno de barro.

—¡Arriba! —dije yo al tiempo que le daba un fuerte impulso.

Alzó las manos en el aire e hizo presa en el borde del muro de ladrillo. Esta vez no resbaló.

Pateó en el aire con los pies descalzos y consiguió encaramarse.

Se puso de rodillas en lo alto del muro y me agarró por las manos. Tiró de mí y yo salté, intentando encaramarme a su lado.

Pero no conseguía subir las rodillas a lo alto del muro.

Pateé ferozmente con los pies descalzos, arañándome las rodillas con la pared del muro mientras Marty tiraba de mí.

—¡No puedo! ¡No puedo! —gemí.

Los chicos lobo volvieron a aullar.

—¡Sigue intentándolo! —dijo Marty con un hilillo de voz y tirando de mis brazos con todas sus fuerzas.

Aún seguía intentándolo, cuando los dos chicos lobo saltaron sobre mí.

20

Oí el chasquido de sus bocas al cerrarse.

Noté el calor de su aliento bajo mis pies.

Los chicos lobo se estrellaron contra el muro.

Con un grito de desesperación, logré encaramarme. Casi sin aliento, me tumbé sobre los ladrillos.

Alcé la vista justo a tiempo para verlos saltar de nuevo, furiosos. Las mandíbulas se cerraron delante de mi cara. Los fulgurantes ojos rojos me miraron con avidez.

—¡No! —exclamé yo, poniéndome torpemente en pie.

Alzaron la cabeza, aullando de rabia, y se prepararon para volver al ataque.

Marty y yo nos apretamos el uno contra el otro, mirándolos fijamente.

Saltaron.

Las zarpas arañaron los ladrillos. El penetrante chirrido me hizo temblar de pies a cabeza. Los colmillos se cerraron en el vacío.

Resbalaron. Se prepararon para otro salto, gruñendo de excitación.

—¡No podemos quedarnos aquí toda la vida! —gritó Marty—. ¿Qué hacemos?

Escuruté la oscuridad. ¿Pasaba la carretera de los estudios al otro lado del muro?

No había bastante luz para comprobarlo.

Los chicos lobo volvieron a la carga. Sus puntiagudos colmillos me rozaron el tobillo.

Me aparté de un salto, y a punto estuve de caerme del muro.

Marty y yo nos apretamos el uno contra el otro al ver cómo las furiosas criaturas se preparaban para dar otro salto.

—¡La pistola! ¡La pistola de plástico!

Yo había perdido la mía. Probablemente se había quedado en aquel agujero de barro. Pero me fijé en la pistola de Marty. La culata le sobresalía del bolsillo de los téjanos.

Sin decir una palabra, agarré la culata y saqué la pistola del bolsillo.

—¡Eh! —gritó—. Erin, ¿qué estás haciendo?

—Por algo nos dieron las pistolas —expliqué, alzando la voz sobre los aterradores aullidos de los chicos lobo—. A lo mejor los detiene.

—¡Pe-pero si es de juguete! —tartamudeó Marty.

Me daba igual. Merecía la pena intentarlo.

A lo mejor los asustaba. A lo mejor les hacía daño. A lo mejor los obligaba a batirse en retirada.

Alcé la pistola de plástico y apunté con ella a las furiosas criaturas cuando arremetieron contra nosotros.

—Uno... dos... tres... ¡FUEGO!

Apreté el gatillo. Una y otra vez.

¡Una y otra vez!

21

La pistola zumbó ruidosamente y disparó un rayo de luz amarilla.

«¡Sí!», supliqué.

«La luz los detendrá.

»Es una pistola paralizadora, ¿no? El zumbido y la luz los paralizará. Los dejará petrificados para que Marty y yo podamos escapar.»

Apreté el gatillo con fuerza. Una y otra vez.

No los detuvo. Ni siquiera parecieron sorprendidos.

Saltaron aún más alto. Noté unas afiladas garras arañándome la pierna. Lancé un grito de dolor.

Y la pistola de plástico se me cayó de la mano.

Se deslizó por lo alto del muro y resbaló al suelo.

Era de juguete. Marty tenía razón. No era un arma de verdad. Era una estúpida pistola de juguete.

—¡Cuidado! —Marty gritó con todas sus fuerzas cuando las furiosas criaturas volvieron a arremeter contra el muro.

Las zarpas arañaron el muro y se aferraron a él. Unos ojos rojos me fulminaron con la mirada. Sentí su aliento cálido en la piel.

—¡Ohhh! —Alcé los brazos cuando perdí el equilibrio. Luché por no caerme pero se me doblaron las rodillas y me resbalaron los pies.

Intenté aferrarme a Marty pero no lo logré.

Y caí. Caí de espaldas al otro lado del muro.

Alcé la vista con horror. Vi a Marty saltar a mi lado.

Ahora los dos chicos lobo estaban en lo alto del muro,

fulminándonos con la mirada, echando fuego por sus ojos rojos, sacando la lengua, respirando ruidosamente.

Preparándose para saltar.

Marty me ayudó a ponerme en pie.

—¡Corre! —gritó con el pánico reflejado en sus ojos.

Los chicos lobo gruñeron desde lo alto del muro.

El suelo vibró. Yo aún estaba un poco aturdida por la caída.

—¡Corren mucho más que nosotros! —gemí.

Oí un rumor. Un traqueteo.

Marty y yo nos volvimos a la vez. Dos ojos amarillos brillaban en la oscuridad.

Los ojos amarillos de una criatura que se nos acercaba rugiendo.

No. No era una criatura.

Al aproximarse, distinguí su esbelta forma alargada.

¡El tren!

El tren avanzaba por la carretera con los faros amarillos encendidos. Acercándose, acercándose cada vez más.

¡Sí!

Miré a Marty. ¿Lo veía también él? Sí.

Sin cruzar palabra, echamos a correr hacia la carretera. El tren iba muy deprisa. Tendríamos que subirnos como fuera. ¡No nos quedaba otro remedio!

A nuestras espaldas, oí aullar a los chicos lobo. Oí un rotundo zas; luego otro, cuando saltaron al suelo desde lo alto del muro.

Los faros gemelos del tren nos iluminaron.

Las dos criaturas se lanzaron en nuestra persecución, gruñendo y aullando encolerizadas.

A unos pasos de mí, Marty corría como un rayo, con la cabeza gacha, impulsándose furiosamente con las piernas.

El tren retumbó más cerca. Más cerca.

Los chicos lobo aullaron a pocos centímetros de nosotros. Casi sentía su aliento caliente en la nuca.

Unos cuantos segundos más. Unos cuantos segundos más... y Marty y yo saltaríamos.

Vi cómo el tren cogía una curva a toda velocidad, barriendo la carretera a oscuras con sus faros amarillos. No perdí de vista el vagón de cabeza. Respiré hondo. Me dispuse a saltar.

Y entonces Marty se cayó al suelo.

Le vi extender las manos. Le vi abrir la boca con asombro, con terror.

Tropezó con sus propios pies descalzos y se cayó al suelo, parando el fuerte golpe con el vientre. No pude detenerme.

Tropecé con su cuerpo y caí pesadamente encima de él. Y vi el tren pasar como un rayo junto a nosotros.

22

—¡Aaaaaauuuuuu!

Las dos furiosas criaturas lanzaron un largo aullido de triunfo.

Con el corazón desbocado, me puse torpemente en pie.

—¡Levántate! —Tiré con todas mis fuerzas de Marty, agarrándolo por los brazos.

Salimos corriendo detrás del tren, pisando el duro asfalto con nuestros pies descalzos. El último vagón estaba a pocos metros de nosotros.

Fui la primera en alcanzarlo. Alagué la mano derecha y me aferré al vagón.

Con un salto desesperado, conseguí encaramarme. Arriba. Y me derrumbé en el último asiento.

Luchando por recuperar el aliento, me volví para ver a Marty corriendo detrás del tren. Intentaba agarrarse al vagón.

—¡No-no puedo! —suspiró.

—¡Corre! ¡Tienes que conseguirlo! —chillé.

Detrás de él, vi a los chicos lobo persiguiéndolo a poca distancia.

Marty aceleró. Se agarró con las dos manos al vagón, que lo arrastró varios metros... hasta que consiguió encaramarse y se derrumbó junto a mí en el asiento.

«¡Lo hemos conseguido! —pensé con gran alegría—. ¡Nos hemos librado de esas espeluznantes criaturas!»

O tal vez no.

¿Saltarían al interior del vagón para continuar persiguiéndonos ?

Me volví de golpe. El cuerpo entero me temblaba. Y vi a los

chicos lobo desvaneciéndose a lo lejos. Corrieron durante un rato, luego desistieron. Los dos se quedaron en la carretera, encorvados bajo el peso de la derrota, viéndonos escapar.

Escapar.

Qué palabra tan maravillosa.

Marty y yo nos sonreímos. Nos palmeamos las manos.

Los dos respirábamos con dificultad, cubiertos de barro. Me dolían las piernas tras la carrera. Los pies descalzos me latían. El corazón aún me palpitaba enloquecido tras la aterradora persecución.

Pero habíamos escapado. Y ahora estábamos a salvo en el tren, de camino al andén. Pronto veríamos a papá.

—Tenemos que decirle a tu padre que este sitio está hecho un lío —dijo Marty sin aliento.

—Hay algo que funciona fatal.

—Esos chicos lobo no estaban bromeando —prosiguió Marty—. Eran... eran de verdad, Erin. No eran actores.

Asentí. Estaba muy contenta de que Marty estuviera por fin de acuerdo conmigo. Y ya no fingía que no le daba miedo nada. Ya no fingía que todo eran robots y efectos especiales.

Los dos sabíamos que nos habíamos enfrentado a peligros reales, a monstruos reales.

Algo horrible estaba pasando en los estudios de la calle del Miedo. Papá nos había dicho que quería un informe completo. Pues bien, le íbamos a informar con pelos y señales.

Me arrellané en el asiento, intentando calmarme.

Pero me puse en pie de un salto cuando me di cuenta de que no estábamos solos.

—¡Mira, Marty! —Señalé la cabeza del tren—. No somos los únicos pasajeros.

Todos los vagones parecían llenos.

—¿Qué está pasando? —murmuró Marty—. Tu padre dijo que seríamos los únicos en hacer el circuito. Y ahora el tren está... ¡OH!...

Marty no acabó la frase. Se quedó boquiabierto y sin habla. Los ojos se le salieron de las órbitas.

Yo también me quedé sin habla.

Los pasajeros se volvieron todos al mismo tiempo. Y vi sus mandíbulas desdentadas, las cuencas oscuras y vacías de sus ojos, la osamenta gris de sus cráneos.

Esqueletos.

Todos los pasajeros eran esqueletos.

Abrían sus mandíbulas y soltaban ásperas carcajadas. Carcajadas crueles que sonaban como el rechinar del viento entre árboles sin hojas. Alzaron sus huesudas manos amarillentas para señalarnos, haciendo sonar los huesos.

Las calaveras cabeceaban y se bamboleaban mientras el tren surcaba cada vez más veloz las tinieblas de la noche.

Marty y yo nos hundimos en el asiento, temblando, sin dejar de mirar las desdentadas calaveras, los dedos que nos señalaban.

¿Quiénes eran?

¿Cómo se habían subido al tren?

¿Adónde nos llevaban?

23

Los esqueletos se reían ásperamente. Sus huesos se entrechocaban. Sus calaveras amarillentas cabeceaban sobre sus hombros descarnados.

El tren aceleró la marcha. Surcábamos las tinieblas a la velocidad del rayo.

Me obligué a apartar los ojos de las desdentadas calaveras y miré fuera.

Más allá de los árboles vi los edificios bajos de los estudios cinematográficos, que se fueron empequeñeciendo hasta desvanecerse en la negrura de la noche.

—Marty... no estamos volviendo al andén —susurré—. Vamos en la dirección contraria. Nos estamos alejando de los edificios.

Tragó saliva.

Vi el pánico reflejado en sus ojos.

—¿Qué podemos hacer? —dijo con un hilillo de voz.

—¡Tenemos que salir del tren! —respondí—. Tenemos que saltar.

Marty se había escurrido totalmente en el asiento, intentando esconderse de los esqueletos.

Ahora alzó la cabeza y se asomó por el flanco del tren.

—¡No podemos saltar, Erin! —gritó—. ¡Vamos demasiado deprisa!

Tenía razón.

Avanzábamos a la velocidad del rayo, y el tren seguía acelerando.

Los árboles y arbustos se desdibujaron a nuestro paso.

Y entonces, al coger una curva muy cerrada, tuvimos la impresión de que un edificio muy alto se había interpuesto en nuestro camino.

Un castillo iluminado por reflectores giratorios. Gris y plateado. Dos torreones gemelos tocaban el cielo. Una maciza muralla de piedra se erigía en la carretera.

La carretera.

Giraba justo hacia la muralla del castillo. La carretera terminaba en la muralla.

Y nosotros avanzábamos por ella como una exhalación, sin dejar de acelerar.

Avanzábamos hacia el castillo.

Los esqueletos entrechocaban sus huesos y lanzaban risas chirriantes.

Daban tumbos en el asiento, les crujían los huesos, saltaban de emoción a medida que nos acercábamos vertiginosamente al castillo.

Más cerca. Más cerca.

Ahora estábamos frente a él. Frente a la maciza muralla de piedra.

A punto de estrellarnos contra ella.

24

Me temblaban las piernas. El corazón me latía enloquecido. Pero sin saber cómo, conseguí ponerme de pie en el asiento.

Respiré hondo. Contuve la respiración. Cerré los ojos... y salté.

Caí pesadamente de costado y rodé por el suelo.

Vi que Marty titubeaba. El tren dio un bandazo. Marty saltó por un lado.

Paró el golpe con el vientre. Rodó por el suelo.

Y siguió rodando.

Me paré al pie de un árbol y miré el castillo... a tiempo de ver cómo el tren embestía la muralla de piedra.

Sin hacer el más leve ruido.

El primer vagón topó con la muralla y la atravesó.

En silencio.

Vi a los esqueletos bambolearse y brincar.

Y vi cómo el vagón siguiente, y el siguiente y el siguiente, arremetían contra la muralla del castillo y desaparecían a su través sin hacer el más leve ruido.

A los pocos segundos, el tren había desaparecido.

Un pesado silencio invadió la carretera.

Los reflectores que iluminaban la muralla perdieron intensidad.

—Erin... ¿estás bien? —preguntó débilmente Marty.

Me volví para verlo a cuatro patas al otro lado de la carretera. Me puse en pie con dificultad. Me había arañado el costado, pero no me hacía mucho daño.

—Estoy bien —le dije. Señalé el castillo—. ¿Has visto eso?

—Lo he visto —respondió Marty poniéndose lentamente en pie—. Pero no me lo creo. —Se estiró—. ¿Cómo ha atravesado el tren la muralla? ¿Es una ilusión óptica? ¿Es algún truco?

—Hay una forma muy fácil de averiguarlo —dije.

Caminamos juntos por la carretera. El viento meció los árboles, haciéndolos susurrar a todo nuestro alrededor. El asfalto estaba frío para nuestros pies descalzos.

—Tenemos que encontrar a papá —dije quedamente—. Estoy segura de que él nos lo explicará todo.

—Eso espero —murmuró Marty.

Nos acercamos a la muralla del castillo. Alargué las dos manos, esperando verlas atravesar la pared.

Pero las manos palparon piedra maciza.

Marty bajó el hombro y arremetió contra la muralla. El hombro se estrelló contra la piedra.

—Es maciza —dijo Marty, meneando la cabeza—. Es una muralla de verdad. ¿Cómo la ha atravesado el tren?

—Es un tren fantasma —susurré, frotando la fría piedra con la mano—. Un tren fantasma lleno de esqueletos.

—¡Pero nosotros nos hemos subido! —gritó Marty.

Golpeé la muralla con las palmas y le di la espalda.

—¡Estoy harta de misterios! —gemí—. ¡Estoy harta de pasar miedo! ¡Estoy harta de chicos lobo y de monstruos! ¡No voy a ver más películas de miedo mientras viva!

—Tu padre nos lo explicará todo —dijo Marty en voz baja, meneando la cabeza—. Estoy seguro de que lo hará.

—¡No quiero que me explique nada! —grité—. ¡Sólo quiero salir de aquí!

Fuimos rodeando el castillo. Oía extraños aullidos de animales a mis espaldas. Y un espeluznante graznido atravesó el aire sobre nuestras cabezas. Hice caso omiso de todos los ruidos. No quería plantearme si los hacían monstruos de verdad o de mentira. No quería pensar en las espeluznantes criaturas con las que nos habíamos topado... ni en las veces en que Marty y yo nos habíamos escapado por los pelos.

No quería pensar.

La carretera volvió a aparecer detrás del castillo.

—Espero que vayamos en la dirección correcta —murmuré, siguiéndola cuando giró hacia la colina.

—Yo también —respondió Marty con un hilillo de voz.

Aceleramos el paso, caminando deprisa por el centro de la calzada. Intentábamos no prestar atención a los penetrantes ruidos de animales, los gritos estridentes, los aullidos y gemidos que parecían seguirnos a todas partes.

La carretera empezó a ascender por la ladera. Marty y yo nos inclinamos hacia delante mientras subíamos. Los terroríficos gritos y aullidos nos siguieron colina arriba.

Al acercarnos a la cima, vi una serie de edificios bajos.

—¡Sí! —chillé—. ¡Mira, Marty! Debemos de estar regresando al andén. —Empecé a correr hacia los edificios. Marty me siguió a poca distancia.

Al darnos cuenta de dónde estábamos nos detuvimos. Otra vez en la calle del Miedo.

Sin saber cómo, habíamos caminado en círculo.

Más allá de las viejas casas y de las tiendecitas se divisaba el cementerio. Al mirar la puerta, recordé las manos verdes saliendo del suelo. Los hombros verdes. Las caras verdes. Las manos tirando de nosotros. Tirando para hundirnos en la tierra.

Sentí un estremecimiento por todo el cuerpo.

No quería estar aquí. No quería ver aquella calle espeluznante en toda mi vida.

Pero no podía apartar los ojos del cementerio. Mientras contemplaba las viejas lápidas desde el otro lado de la calle, vi moverse algo.

Una espiral de humo gris se elevó entre dos viejas lápidas torcidas y se quedó silenciosamente suspendida en el aire.

Otro hilillo gris se alzó desde el suelo. Y luego otro.

Miré a Marty de soslayo. Estaba a mi lado, con los brazos en jarras, mirando lo mismo que veían mis ojos.

Decenas de espirales se elevaban en silencio desde las tumbas, como copos de nieve o borlas de algodón.

Sobrevolaron el cementerio y salieron a la calle.

Pasaron sobre Marty y sobre mí, flotando a poca distancia del suelo.

Y entonces, al mirarlas, empezaron a crecer, a inflarse como globos de color gris.

Y vi que tenían rostro. Rostros lóbregos, bañados de sombras, como el hombre de la luna. Los rostros nos miraron con los ceños fruncidos. Rostros viejos, llenos de surcos y arrugas. Con los ojos entornados como oscuras hendiduras. Rostros ceñudos. Rostros desdeñosos en aquellas infladas espirales de humo.

Me agarré al hombro de Marty. Quería echarme a correr, huir, dejarlas atrás.

Pero las espirales con rostros malignos se arremolinaron a nuestro alrededor. Nos atraparon. Nos atraparon rodeándonos.

Los rostros, los horrendos rostros ceñudos, giraron vertiginosamente a nuestro alrededor. Giraron más deprisa, más deprisa, atrapándonos en un asfixiante torbellino de humo.

25

Me tapé los ojos con las manos, intentando ahuyentarlas a gritos.

Me quedé paralizada de miedo. No podía pensar. No podía respirar.

Oía el agudo silbido del viento mientras las nubes fantasmales se arremolinaban a nuestro alrededor.

Y entonces oí la voz de un hombre, gritando más alto que el viento:

—¡Corten! ¡Aprovechadla! ¡Lo habéis hecho todos muy bien!

Bajé las manos con lentitud y abrí los ojos. Exhalé un largo y sonoro suspiro.

Un hombre se nos acercó a grandes zancadas. Llevaba téjanos y una sudadera gris debajo de una chaqueta marrón de cuero. En la cabeza, lucía una gorra blanquiazul de los Dodgers con la visera hacia un lado. Por ella asomaba una coleta rubia.

Llevaba una carpeta en una mano. Del cuello le colgaba un silbato plateado.

Nos sonrió a Marty y a mí y alzó el pulgar a modo de saludo.

—¡Qué tal, chicos! Me llamo Russ Denver. ¡Buen trabajo! Parecíaís asustados de verdad.

—¿Eh? —grité yo, abriendo la boca de par en par—. ¡Estábamos asustados de verdad!

—¡Qué contento estoy de ver a un ser humano de carne y hueso! —exclamó Marty.

—Este circuito... ¡es un auténtico desastre! —chillé—. Las

criaturas... ¡están vivas! ¡Intentaron hacernos daño! ¡En serio! ¡No ha sido nada divertido! ¡No ha sido un circuito normal! —Las palabras me salían a raudales.

—¡Fue realmente repugnante! ¡Los chicos lobo querían devorarnos y nos persiguieron hasta lo alto de un muro! —exclamó Marty.

Los dos empezamos a hablar a la vez, contándole a Denver todas las cosas aterradoras que nos habían sucedido durante el circuito.

—¡Ya vale! —En su apuesto rostro se dibujó una sonrisa. Alzó la carpeta como si quisiera protegerse de nosotros—. Son todo efectos especiales, chicos. ¿No os habían dicho que estábamos rodando una película y que estábamos filmando vuestras reacciones?

—No. ¡Nadie nos dijo nada, señor Denver! —respondí enojada—. Papá nos trajo aquí. Él ha diseñado el circuito por los estudios. Y nos dijo que íbamos a ser los primeros en probarlo. Pero no nos dijo nada de que estuvieran rodando ninguna película. La verdad es que...

Noté la mano de Marty en el hombro. Sabía que Marty estaba intentando calmarme. Pero yo no quería calmarme.

Estaba enfadadísima.

El señor Denver se dirigió a un grupo del equipo que estaba en la calle detrás de él.

—Media hora de descanso, chicos. Hora de cenar.

Se alejaron, hablando entre ellos. El señor Denver se nos quedó mirando.

—Tu padre debería haberos explicado...

—No pasa nada, en serio —interrumpió Marty—. Sólo nos asustamos un poco. Todas las criaturas parecían muy reales. Y no hemos visto a nadie más por ninguna parte. Usted es la primera persona de carne y hueso que vemos en toda la tarde.

—Mi padre debe de estar preocupadísimo —le dije al director de cine—. Dijo que nos estaría esperando en el andén. ¿Puede explicarnos cómo se llega allí?

—Ningún problema —le respondió el señor Denver—. ¿Veis aquella casa grande con la puerta abierta?

Señaló con su carpeta.

Marty y yo clavamos la mirada en la casa que había al otro lado

de la calle. Un estrecho sendero llevaba hasta ella. Por la puerta abierta se veía el resplandor de una tenue luz amarilla.

—Es la casa del Electricista Asesino —explicó el director—. Entrad por esa puerta y atravesad la casa.

—Pero ¿no nos electrocutaremos ahí dentro? —preguntó Marty—. ¡En la película, todo el que entra en la casa del Electricista Asesino recibe una descarga eléctrica de veinte millones de voltios!

—Eso sólo pasa en la película —respondió el señor Denver—. La casa no es más que un decorado. Es totalmente segura. Atravesadla. Luego salid por la parte de atrás y veréis el edificio principal al otro lado de la calle. No hay pérdida.

—¡Gracias! —dijimos Marty y yo al unísono.

Marty echó a correr hacia la casa a toda velocidad.

Miré al señor Denver.

—Siento haberle gritado antes —le dije—. Es que estaba muy asustada y pensé...

Me quedé sin habla.

El señor Denver se había dado la vuelta. Entonces vi el largo cable eléctrico que tenía enchufado en la espalda.

No era un ser humano de carne y hueso. No era director de cine. Era un robot.

Era falso, como todos los demás. ¡Nos había mentido! ¡Mentido!

Me volví y eché a correr, llamando a Marty frenéticamente:

—¡Espera, Marty! ¡No entres ahí! ¡No entres en la casa!

Demasiado tarde.

Marty ya estaba a punto de traspasar el portal.

26

—¡Espera! ¡No entres, Marty! —gritaba mientras corría.

Tenía que detenerlo.

El director era falso. Sabía que nos había estado mintiendo.

—¡Marty... por favor!

Mis pies descalzos golpeaban el asfalto. Alcancé el sendero cuando Marty cruzaba corriendo el portal.

—¡Deténte!

Traspasé el portal como un rayo. Alargué los brazos. Salté ferozmente para agarrarlo.

Pero fallé y caí de bruces al suelo.

En cuanto Marty entró en la casa, vi un centelleo de luz blanca. Oí un fuerte zumbido, y luego el estridente chisporroteo de la electricidad.

La habitación estalló en un relámpago tan fulgurante que tuve que protegerme los ojos.

Cuando los abrí, vi a Marty tendido de bruces en el suelo.

—¡Noooo! —gemí aterrorizada.

Me puse en pie y me interné en la casa.

¿Me iban a electrocutar también a mí?

Me daba igual. Tenía que llegar hasta donde estaba Marty. Tenía que ayudarle a salir de allí.

—¡Marty! ¡Marty! —grité.

No se movió.

—¡Marty, por favor! —Lo agarré por los hombros y empecé a zarandearlo—. ¡Despierta, Marty! ¡Ánimo! ¡Marty!

No abrió los ojos.

De repente sentí un escalofrío. Una oscura sombra se cernió sobre mí.

Y me di cuenta de que había alguien más en la casa.

27

Me volví con brusquedad y sofoqué un grito.

¿Era el Electricista Asesino? ¿Era otra de las terroríficas criaturas?

Una figura muy alta se inclinó sobre mí. Escruté la oscuridad, esforzándome por verle la cara.

—¡Papá! —exclamé—. ¡Papá! ¡Oh, qué alegría verte!

—Erin, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó en voz baja.

—Es-es Marty —tartamudeé—. Tienes que ayudarlo, papá. Lo han electrocutado y él... él...

Papá se acercó más a mí. Detrás de sus gafas, los ojos marrones me miraban con frialdad. Frunció el ceño con preocupación.

—¡Haz algo, papá! —supliqué—. Marty está herido. No se mueve. No abre los ojos. ¡El circuito por los estudios ha sido horrible, papá! Pasa algo. ¡Pasa algo horrible!

No respondió. Se acercó más.

Y cuando la luz tenue iluminó su rostro, ¡vi que no era mi padre!

—¿Quién es usted? —grité—. ¡Usted no es mi padre! ¿Por qué no me ayuda? ¿Por qué no ayuda a Marty? Haga algo... ¡por favor! ¿Dónde está mi padre? ¿Dónde está? ¿Quién es usted? ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! ¡Socorro AAAAAARRRRRRR. ¡Soc... CRRRRRRRRRRR. Papá... MARRRRRRRRR.

DRRRRMMMMMMMMmmmmmmmm.

28

El señor Wright se quedó mirando a Erin y a Marty. Meneó tristemente la cabeza. Cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. Jared Curtis, uno de los ingenieros de los estudios, entró corriendo en la casa del Electricista Asesino.

—Señor Wright, ¿qué les ha pasado a sus dos robots infantiles? —preguntó.

—Problemas en la programación —volvió a suspirar. Señaló el robot de Erin, paralizado de rodillas junto al robot de Marty.

—Tuve que parar a la niña. Su chip de memoria debe de estar defectuoso. La robot Erin tenía que considerarme su padre. Pero hace unos segundos, no me reconocía.

—¿Y el robot Marty? —preguntó Jared.

—Totalmente destrozado —respondió el señor Wright—. Creo que el sistema eléctrico ha sufrido un cortocircuito.

—Qué lástima —dijo Jared, agachándose para dar la vuelta al robot Marty. Le subió la camiseta y manipuló una serie de botones que tenía en la espalda—. Señor Wright, ha sido una idea magnífica fabricar robots infantiles para probar el parque. Creo que podremos arreglarlos.

Jared abrió una trampilla en la espalda de Marty y escrutó los cables rojos y verdes.

—Todas las demás criaturas y los monstruos y los robots han funcionado perfectamente. Ni un solo fallo.

—Ayer hubiera tenido que darme cuenta de que había un problema —dijo el señor Wright—. Estábamos en mi despacho. La

robot Erin preguntó por su madre. Yo la construí. No tiene madre.

El señor Wright alzó las manos al cielo.

—Bueno, no pasa nada. Reprogramaremos a estos dos. Les instalaremos otros chips. Enseguida estarán como nuevos. Después volveremos a probarlos en el circuito por los estudios de la calle del Miedo, antes de abrir el parque para los niños de carne y hueso.

Cogió el robot Marty y se lo echó al hombro. Luego cogió la robot Erin y se la echó al otro hombro. Y después tarareando, los llevó a la sección de ingeniería.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofrantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.